

El anacronismo democrático. Militancia y democracia en las memorias generacionales del primer kirchnerismo

Democratic Anachronism. Militancy and Democracy in the Generational Memoirs of the First Kirchner Presidency

MARIANO DAGATTI*

Fecha de recepción: 11/04/2015 Fecha de aceptación: 13/05/2015

El objetivo general de este artículo es exponer resultados preliminares de una investigación doctoral en el ámbito del análisis del discurso y la historia de las ideas acerca de las tradiciones políticas del primer kirchnerismo (2003-2007). En el marco de esta pesquisa, indagamos las relaciones imaginarias que el gobierno argentino establece entre militancia juvenil de los años setenta y democracia, tomando en cuenta los discursos públicos del ex presidente Néstor Kirchner. Intentamos demostrar cómo la palabra oficial interpreta la militancia setentista en los términos de un programa y una cultura democráticos postergados por la implantación del neoliberalismo (1976-2001). Afirmamos, finalmente, que este "anacronismo" democrático constituye una dimensión inescindible del gesto refundacional del primer kirchnerismo, basado en un clivaje generacional.

Palabras clave: militancia, democracia, anacronismo, tradición política, memoria.

The general aim of this article is to present preliminary results of a doctoral research in the fields of discourse analysis and history of ideas about the political traditions of the first Kirchnerism (2003-2007). In the framework of this research, we investigate the imaginary relationships established by the Argentine government between seventies' youth militancy and democracy, taking into account the public speeches of former President Néstor Kirchner. We try to demonstrate how the official discourse interprets the seventies militancy in terms of a democratic program and a democratic culture postponed due the implementation of neoliberalism (1976-2001). We affirm, finally, that this democratic "anachronism" is an inseparable dimension of the refundacional gesture of first Kirchnerism, based on a generational cleavage.

Key words: militancy, democracy, anachronism, political tradition, memory.

* Doctor en Filosofía y Letras y Magíster en Análisis del Discurso por la Universidad de Buenos Aires. Becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Cuando asumió el cargo de Presidente de la Nación, el 25 de mayo de 2003, Néstor Kirchner fue el primero en transmitir con actos de gobierno, declaraciones y gestos públicos de su filiación a la generación de militantes de los años setenta, lo cual sería uno de los signos distintivos de su universo político: “Formo parte de una generación diezmada, castigada con dolorosas ausencias; me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a las que no pienso dejar en la puerta de la Casa Rosada”, dijo ante la Asamblea Legislativa al asumir la Jefatura de Estado, en alusión a su pasado en la Juventud Universitaria Peronista de la primera mitad de los setenta.

El conocimiento de esta visión generacional resulta clave si se quiere comprender la configuración del imaginario político de la primera gran fuerza política surgida en la Argentina de la poscrisis. Con propósitos menos vastos, este artículo tiene por finalidad exponer resultados preliminares de una investigación en el ámbito del análisis del discurso y la historia de las ideas acerca de las tradiciones políticas del primer kirchnerismo.¹ Dentro de ese marco general, el objetivo específico es trazar un “recorrido”² por las relaciones imaginarias entre militancia y democracia en la palabra presidencial. La hipótesis de trabajo es que el kirchnerismo ha ejercitado un “anacronismo democrático” en su interpretación del “pasado reciente”,³ representando a la juventud militante de los años setenta como una vanguardia en la lucha por la democracia, que fue postergada por la presencia del neoliberalismo en la región.

Con esa intuición, hemos analizado, bajo la forma de memorias discursivas,⁴ filiaciones y rupturas de la narración gubernamental con el imaginario de las agrupaciones militantes de la izquierda y, más específicamente, con el de la izquierda peronista, ese “espacio –según

1 Por “primer kirchnerismo” definimos la etapa constitucional de gobierno del ex presidente Kirchner, distinguiéndola por cuestiones de estilo y de circunstancias de los gobiernos de Cristina Fernández, su esposa y sucesora en el cargo.

2 La noción de “recorrido” es definida por Maingueneau (2008, p. 23) como un tipo de unidad no-tópica que consiste en el “establecimiento en redes de unidades de diversos órdenes (lexicales, proposicionales, fragmentos de textos), extraídas del interdiscurso, sin intentar construir espacios de coherencias, totalidades. El investigador pretende, al contrario, desestructurar las unidades instituidas, definiendo recorridos no esperados: la interpretación se apoya, así, bajo la actualización de relaciones insospicadas en el interior del interdiscurso.” [La traducción de esta, así como de otras citas del texto, ha sido realizada por el autor]

3 La noción de “pasado reciente” ha definido, en los últimos años, un nuevo campo académico de investigación: la “historia reciente”. Véase, al respecto, Franco y Levin (2007).

4 El concepto de memoria discursiva fue introducido en el Análisis del Discurso por Courtine en su obra *Analyse du discours politique. Le discours communiste adressé aux chrétiens*, a partir de la obra “arqueológica” de Michel Foucault y de la reflexión histórica de Pierre Nora sobre los lugares de memoria. Designa, desde esta perspectiva, el hecho de que toda producción discursiva acontece en una coyuntura dada y coloca en movimiento formulaciones anteriores ya enunciadas. El término es utilizado para designar redes de filiación histórica que organizan lo decible, dando lugar a procesos de identificación a partir de los cuales el sujeto encuentra las evidencias que legitiman su decir. Es el espacio de los efectos de sentido que constituyen para el sujeto su realidad, en cuanto representación imaginaria (y necesaria) de su relación con el real histórico, en el cual él está inserto. Las memorias discursivas operan como regímenes de enunciabilidad, matrices de inclusión y de exclusión de enunciados que determinan lo que puede o no ser dicho desde diferentes posiciones ideológicas (Vitale 2007, p. 165).

Nicolás Casullo (2008)– tan legendario y trágico como equívoco en la Argentina”.⁵ Daremos cuenta, por lo tanto, de la activación en este imaginario generacional de valores y consignas que le eran, si no ajenas, marginales: sobre todo, la democracia y el pluralismo, y también de la oclusión de corrientes ideológicas que le eran propias, por caso las del socialismo nacional.

Para ello, hemos conformado un corpus de análisis que incluye el total de alocuciones presidenciales de Néstor Kirchner.⁶ Consideramos que estos discursos pueden ser interpretados a la manera de las “creaciones-ficciones”⁷ que Marc Augé identifica como géneros que tercián *productivamente* entre los imaginarios y las memorias de una comunidad y los imaginarios y las memorias individuales. Éstos constituyen, a nuestro entender, una superficie privilegiada de experimentación para investigar cómo la elaboración creativa de un individuo o de un grupo reducido, en los que resuenan ecos de relatos y voces comunitarias, participa en un diálogo con los imaginarios y las memorias de un entramado social, afectando “tanto los universos imaginarios individuales como el simbolismo colectivo.”

La presentación de los resultados está organizada de la siguiente manera: en primer lugar, ponemos a consideración la noción de anacronismo y presentamos la inscripción del “anacronismo democrático” en la construcción que el primer kirchnerismo hace del pasado; en segundo lugar, definimos las principales dimensiones que caracterizan este anacronismo: la estructuración del pasado reciente en derredor

5 Cuando hablamos de militancia, nos fundamentamos en el concepto de ‘Nueva Izquierda’ acuñado por Pucciarelli (1999) y Tortti (1999), en referencia a una serie de agrupaciones peronistas y no peronistas, armadas y no armadas de jóvenes militantes, surgidas en los años setenta en la Argentina. Se trata, en palabras de Pucciarelli (1999), de un “complejo y expansivo conglomerado de fuerzas sociales y políticas que, a pesar de no haber generado un actor político unificado, encabezó un vasto proceso de protesta social, confrontación ideológica y activación política, hacia fines de la década del sesenta” (1999, p. 15).

6 Estas alocuciones se llevaron a cabo de modo regular en ámbitos restringidos y delimitados: en el Congreso nacional, en la Casa de Gobierno, en actos públicos producidos en diversas localidades del país y en sucesos internacionales. Cuando hablemos a lo largo del texto de “discurso kirchnerista”, haremos referencia con ese sintagma a los discursos públicos de Kirchner y no a los de Cristina Fernández y a los de sus colaboradores y partidarios.

7 Expresada centralmente en su libro *La guerra de los sueños. Ejercicios de etno-ficción*, la perspectiva de Augé permite afirmar que “Lo imaginario y la memoria colectivos (IMC) constituyen una totalidad simbólica por referencia a la cual se define un grupo y en virtud de la cual ese grupo se reproduce en el universo imaginario generación tras generación. El complejo IMC ciertamente da forma a los mundos imaginarios y a las memorias individuales.” Faculta, de esa manera, la puesta en relación de las producciones discursivas de un individuo o de un grupo con lo imaginario y la memoria colectivos: “Toda creación, ya sea que asuma una forma sociológica más o menos colectiva, como en los casos de la colonización y de recreación cultural, ya sea que asuma una forma artística y literaria más o menos individual, puede, a su vez, afectar tanto los universos imaginarios individuales como el simbolismo colectivo.” Ciertos géneros, además, según Augé, dejan entrever “un rol preponderante” de lo imaginario y la memoria de la colectividad; menciona, por ejemplo, las leyendas, las epopeyas. Entendemos, en esta dirección, que, en tanto los discursos políticos (los presidenciales, por caso) son también creaciones narrativas en los que las leyendas, los mitos y las epopeyas tienen un lugar destacado, el estudio de los discursos del mandatario constituye un modo aventajado de investigar las relaciones que cualquier fuerza política, entre ellas, claro está, el kirchnerismo, postula entre lo imaginario y la memoria colectivos y lo que Augé denomina “lo imaginario y la memoria individual (IMI)” a partir de las “creaciones-ficciones” que realiza a lo largo de un período determinado y cuyo papel es central “en el enriquecimiento y en la evolución del polo IMC.” (1998, pp. 112 y ss.)

de la contradicción democracia/neoliberalismo, la representación de la militancia en términos de una cultura democrática, la crítica radical del neoliberalismo, considerado un proyecto antidemocrático y anticapitalista; por último, presentamos argumentos que sostienen la potencia heurística del anacronismo para volver legítima la pretendida «refundación»⁸ de la nación.

SOCIOMAQUIA Y GENERACIÓN, O CÓMO IMAGINAR UNA NACIÓN DEMOCRÁTICA

El primer kirchnerismo adoptó del «*ethos* de los setenta» (Svampa, 2003) una perspectiva de la tradición nacional dominada por la impronta del peronismo y los aires de un estilo “rebelde” que, como ha sido dicho en diferentes escritos, dejaron su huella en la imagen pública presidencial.⁹ Las resonancias de este espíritu generacional fueron recurrentes a lo largo del gobierno de Kirchner, organizadas, sobre todo, en torno a una política de la memoria, abanderada por la tarea de los organismos de derechos humanos, a un recuerdo de las peripecias de su generación, y a una crítica insistente del neoliberalismo como modelo económico y político. Cuando se repasan sus discursos, es fácil comprobar que los setenta condensan para el orador el instante de una ruptura decisiva en la tensión estructurante de la cultura argentina: la de los intereses del conjunto de la sociedad argentina contra los intereses (foráneos o no) de las elites dominantes:

Nosotros queremos una Argentina integrada y solidaria, queremos realmente demostrarnos a nosotros mismos, demostrarles a todos los argentinos y al mundo entero que este país se puede volver a reconstruir, que en esta Argentina podemos recuperar los valores perdidos, que en esta Argentina podemos recuperar las cadenas de la solidaridad, que en esta Argentina podemos recuperar las instituciones, que en esta Argentina podemos recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida por muchos motivos. Perdida porque es un país que se fue construyendo hace 30 años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto, perdida porque hubo una dirigencia a la que le ha faltado coraje y valor –a alguna parte de esa dirigencia– para tomar las determinaciones que hay que tomar. (27 de junio de 2003) [Fragmento 1]

La Argentina de las últimas décadas no ha tenido un proyecto de país que integre socialmente a sus habitantes en un marco de equidad y desarrollo.

8 Salvo indicación en contrario, utilizaremos las comillas francesas para destacar los fragmentos o sintagmas que pertenecen textualmente a los discursos públicos de Kirchner.

9 Véase a propósito de esta cuestión Cheresky (2006, 2008), Borón (2005) y Natanson (2004).

La industrialización en base a la sustitución de importaciones resultó un proyecto que puso al país en marcha tras ese objetivo y produjo sus frutos.

Los proyectos que le siguieron sólo se abocaron al desguace del modelo de bienestar que había acompañado a aquella incipiente industrialización. Durante el siglo pasado hemos invertido más tiempo en destruir lo hecho y en enfrentarnos internamente que en la construcción de un proyecto que atendiera a nuestra situación particular, así como a los fenómenos que caracterizan la realidad mundial (1 de marzo de 2004) [Fragmento 2]

Convulsionados años que marcan, según Maristella Svampa (2003), el pasaje de “una sociedad movilizada, caracterizada por una firme voluntad de cambio” a “una sociedad desarticulada, sumergida en una crisis plural, a la vez social y política”,¹⁰ los setenta constituyen para el primer kirchnerismo la clave interpretativa de una “sociomaquia” (Angenot, 2001)¹¹ que estructura retrospectiva y prospectivamente la historia del país: de un lado, la gran saga nacional conformada por las gestas independentistas, las epopeyas comunitarias de los pioneros e inmigrantes, los proyectos populares (Yrigoyen, Perón) y las consignas de la juventud militante de los años setenta...

Vengo, en cambio, a proponerles un sueño: reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación; vengo a proponerles un sueño que es la construcción de la verdad y la Justicia; vengo a proponerles un sueño que es el de volver a tener una Argentina con todos y para todos. Les vengo a proponer que recordemos los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros, de nuestra generación que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales. Pero sé y estoy convencido de que en esta simbiosis histórica vamos a encontrar el país que nos merecemos los argentinos. (25 de mayo de 2003) [Fragmento 3]

Amar nuestra bandera es luchar contra la corrupción y todos aquellos poderes que impiden el cambio y la transformación de la Patria. Amar nuestra bandera es terminar definitivamente con la mezquindad de la pelea política corta, para volver a refundar nuestra querida Patria y honrar a nuestros abuelos, a nuestros pioneros, a nuestros patriotas y a todos aquellos que dejaron y dieron

10 Svampa realiza esta caracterización para el período 1973 – 1976, que, según la autora, presenta “una especificidad propia”; creemos, no obstante, que no alteramos el sentido original de sus argumentos al extender el uso de los fragmentos citados a la cuestión más general de la militancia en toda la década.

11 Según Angenot, las “sociomaquias” (*sociomachies*) son narraciones que “representan la sociedad como el enfrentamiento de *dos campos*, en un maniqueísmo de combate” (2001: 84). Se trata de una “lucha perpetua entre dos principios, uno bueno y uno malo”, “lucha que no debe terminar más que en la victoria total y sin cuartel del buen campo”, “lucha entre el Pasado y el Porvenir, lucha inscrita sobre el vector del progreso de la humanidad” (2001, p. 10).

su vida por consolidar una Argentina con justicia y con equidad (20 de junio de 2003) [Fragmento 4].

El cambio recién comienza, pero hay que tener grandeza, tenemos que tener coraje, que los mezquinos y los sectarios no nos interrumpan el camino de la unidad, la convivencia y la convergencia.

San Martín, Mariano Moreno, el general Belgrano, Hipólito Yrigoyen, Juan Domingo Perón y la inmortal Eva Perón nos llaman a trabajar juntos por la patria y la Argentina. (30 de agosto de 2007) [Fragmento 5]

Del otro lado, una tradición conservadora, nutrida, por lo general, por intereses exógenos, que encontró en los gobiernos cívicos-militares la repetida vía de acceso al poder y que se instaló definitivamente a la cabeza del Estado argentino durante la experiencia neoliberal. Hablamos de «minúsculos sectores de hablar difícil», hablamos de «los mandantes», «los que defienden intereses sectoriales y particulares», «los nostálgicos de las medidas que devastaron a nuestro país», «los intereses de unos pocos», «los intereses que constantemente quebraron y fundieron el país». Nos permitimos ofrecer algunos párrafos extensos, aunque significativos:

[...] es necesario que tengamos buena memoria, que no construyamos un país amnésico. Con distintos nombres, estatización de la deuda, Plan Brady, blindaje, mega canje, se transitó un camino que sostenían era la única vía. Después vimos sí que era un camino de única vía, única vía a la pobreza, a la destrucción del patrimonio nacional, a la paralización de la industria nacional; única vía hacia el default, única vía hacia la exclusión, única vía hacia el oprobio y la vergüenza nacional.

[...] Estos minúsculos sectores de hablar difícil, cuando reclaman un plan económico están en verdad pidiendo medidas concretas que respondan a un plan hecho a la medida de los intereses de sus mandantes. Cualquier otra cosa que se les conteste no les satisface. Sólo reclaman que se haga lo que necesitan para que unos pocos cada vez puedan seguir ganando más y más fácil. Si no se hace lo que ellos aconsejan, dicen que no hay plan. [...]

Para ellos durante toda la década del 90 hubo plan económico, nadie les escuchó quejarse de que no hubiera plan. Es que estaban aplicando el plan de ellos y de los intereses que representan. Ahora se aplica el plan de los ciudadanos. Por eso las quejas. [...] Señores, somos pocos y nos conocemos mucho. La afirmación relativa a la ausencia de plan es una de las tantas manifestaciones

de presión que ejercen dos tipos de actores claramente diferenciados. Por un lado, están los que defienden intereses sectoriales y particulares, que intuyen que las medidas para salir de la crisis no favorecerán esos intereses. Por el otro lado se les suman los nostálgicos de las medidas que devastaron a nuestro país, que tienen una posición ideológicamente ligada a la experiencia de los noventa, que colapsó en el 2001 y nos retrotrajo hasta el subsuelo donde la Argentina está. [...] (2 de septiembre de 2003c) [Fragmento 6]

Estoy muy feliz, muy contento de compartir estas realizaciones de obras, siempre voy a ser un defensor a full de la democracia. Me ven caminando por las calles, permanentemente estoy hablando con la gente, con mis aciertos o con mis errores puedo caminar con la frente alta. Y sí le pido al pueblo argentino que me ayude porque hay intereses que se mueven, porque valen mucho más los intereses de unos pocos que los intereses del conjunto del pueblo argentino. Pareciera ser que cuando se defienden los intereses del pueblo argentino se afecta la libre competencia, pero cuando se perjudica la mayoría de los intereses del pueblo argentino está todo hecho dentro de la ley. Acá hay que defender los intereses de todos, pero también hay que tener muy en cuenta los intereses de los más, que siempre han sido los grandes perjudicados en esta Argentina; hay que contenerlos y hay que darles respuestas. (17 de marzo de 2005) [Fragmento 7]

[...] no hay camino intermedio, argentinos. Esto de que se puede ir por un camino gris no es tan así, acá en la República Argentina, en la reconstrucción de este querido país, se está con la Nación, se está con la Patria, se está con el pueblo argentino o se está con los intereses que constantemente quebraron y fundieron el país. Yo he optado decididamente por tomarme fuertemente de las manos del pueblo argentino, del corazón del pueblo argentino y empezar a reconstruir esta querida Patria para devolverle la dignidad que se merece. (17 de agosto de 2005) [Fragmento 8]

La crisis de 2001, según esta sociomaquia, habría puesto fin a dicha situación y, llevando a los argentinos al colapso, habría abierto las puertas para que los miembros sobrevivientes de aquella «generación diezmada» pudieran retomar las banderas del proyecto nacional:

Les voy a contar una historia que pocos conocen. Tengo la suerte de que el vicegobernador de esta provincia es un amigo y un compañero de más de 30 años; estuvimos allá en La Plata, fuimos perseguidos por defender nuestras ideas y hoy estamos compartiendo la conducción de la nueva Argentina con una generación en la que muchos no están, pero estamos nosotros para llevar la bandera al lugar que corresponde. (4 de febrero de 2004) [Fragmento 9]

Con sus matices y especificidades, la sociomaquia kirchnerista es el resultado de una hermenéutica de la historia nacional que retoma los grandes relatos dicotómicos de la cultura política argentina, exacerbados a mediados del siglo veinte por la contradicción peronismo/antiperonismo.¹² Como clave de lectura, esta se cruza con una memoria de los setenta que manifiesta recuerdos enfáticos, olvidos significativos y reformulaciones ostensibles: la relación de militancia y democracia es, a nuestro entender, uno de los principales focos de acción. ¿Cómo era la cultura política de la militancia?, ¿cuáles eran sus consignas y proyectos?, ¿qué representaba la democracia para estas agrupaciones? son interrogantes que permiten echar luz sobre un pasado al que el kirchnerismo le ha dedicado muchas palabras.

La hipótesis de trabajo, como dijimos al principio, es que el oficialismo ha definido el vínculo entre militancia y democracia a partir de un “anacronismo democrático”. Pero, ¿cómo entender la categoría de anacronismo?¹³ Su definición corriente señala que se trata de una “incongruencia que resulta de presentar algo como propio de una época a la que no corresponde” (RAE, entrada: “Anacronismo”). La historiografía ha debatido a menudo acerca de su pertinencia. Lucien Febvre (2003 [1942]) definió el anacronismo como “la tendencia natural del historiador de incorporar sus propias categorías de pensamiento, de sentimiento, de lenguaje en sociedades donde no tienen sentido, o al menos no el mismo”. En una conocida fórmula, afirmaba que para un historiador utilizar un anacronismo “es como darle a Diógenes un paraguas o a Marte una ametralladora.”

“Pecado de los pecados –según Febvre– entre todos imperdonable”, las críticas a los gestos anacrónicos no fueron, empero, unánimes. Nicole Loraux, en su clásico *Elogio del anacronismo en la historia*, ironizaba que este “es la bestia negra de la historia, el pecado capital contra el método, cuya sola mención constituye una acusación infamante” y, en sintonía con ello, defendía un “uso controlado”. Dentro de este horizonte no condenatorio, creemos que resulta interesante pensar el anacronismo, teniendo en cuenta su potencia para discontinuar la historia, para imponer, como expresa André Green una “heterogeneidad diacrónica” (2000, p. 35). Françoise Proust, por su parte, llama al anacronismo “un arte del contratiempo”: “La historia se hace en el *après-coup*, en un futuro anterior. El pasado vuelve y frecuente (fantasmalmente) el espacio de

12 Altamirano afirma que “La tesis de que la Argentina encerraba dos sociedades –o su variante: dos tradiciones históricas contrarias– no nació con el peronismo. En la década de los treinta se elaboraron varias de estas representaciones dicotómicas de la Argentina, la más célebre de las cuales fue la antítesis del país ‘visible’ y el país ‘invisible’, el habitante de la ciudad y el habitante del *hinterland*, formulada por Eduardo Mallea en *Historia de una pasión argentina*. Sin embargo, aunque el advenimiento del peronismo no inició la carrera intelectual de las representaciones dualistas del país, les dio un uso y una circulación que no habían conocido antes.” (2011, p. 35)

13 Las reflexiones que siguen están marcadas por Dosse (2005).

los vivos y es bajo la forma de la denuncia que el sentido trata de decirse en el presente y necesita dominar el arte del presente, que es un arte del contratiempo” (1999, p. 29).

Claro que, en un sentido diferente del análisis científico de un historiador, entendemos que el “anacronismo” que realiza una fuerza política, en este caso el anacronismo democrático del kirchnerismo, merece ser visto menos como una “distorsión” del pasado, que, en un sentido productivo, como la posibilidad, citando a Proust, de “atacar y arrancar al tiempo otras posibilidades, entreabrir una puerta” (1999, p. 29). Hablar de un anacronismo supondría, más bien, ponderar la fecundidad heurística de la intrincación del presente en la lectura del pasado; de allí que sea posible pensar que, incluso más allá de su propia conciencia política y de sus estrategias y políticas de memoria, la memoria kirchnerista de la militancia adquiere un papel relevante en el enriquecimiento y en la evolución de los imaginarios colectivos, abriendo –como afirma Augé– “la imaginación al futuro” (1998, p. 76).

El anacronismo democrático le permite al kirchnerismo reencauzar la visión dicotómica de la cultura argentina a partir de una antítesis¹⁴ del *ethos* generacional y del *ethos* neoliberal. Como “efecto de memoria”,¹⁵ la escenificación antitética presenta imaginariamente dos líneas temporales: una línea *histórica*, que describe “objetivamente” la hegemonía neoliberal y que la caracteriza como un modelo antidemocrático y de *falso* capitalismo; y una línea *épica-discursiva*, que actualiza “subjektivamente” la contradicción intereses generales versus intereses de las elites, tomando por eje la postergación política del proyecto nacional de la militancia y ofreciendo una idealización “democrática” de sus consignas, de sus sujetos y de su cultura.¹⁶ Por un efecto de “transferencia”,¹⁷ el kirchnerismo se presenta a sí mismo, en tanto parte de esa generación postergada, como el heredero de esa línea nacional y democrática; de la

14 La antítesis, como figura argumentativa y retórica, permite establecer oposiciones fundadoras que constituyen el fondo sobre el que operan ciertos discursos: antiguos/modernos, verdad/ilusión, demócratas/totalitarios. Es un poderoso organizador de la percepción del mundo y de los discursos, porque constituyen un modelo de pensamiento de las experiencias cotidianas, sean éstas conflictivas o armónicas. Es típica de los discursos agonistas que se basan en la representación de un mundo antagonista (cf. Angenot, 1982; Paveau, 2013).

15 Por “efecto de memoria” se designa la *presentificación* intradiscursiva (como presencia y como ausencia) de vestigios del interdiscurso en el que sujeto se inscribe como enunciador y que son los resultantes de alteraciones, antagonismos y alianzas entre formaciones discursivas. Efecto de memoria es efecto de evidencia, en tanto se presenta subrepticamente como relación única y posible con dicho real histórico. Desde esta perspectiva, los efectos de memoria pueden ser tanto el retorno de lo dicho como su represión, es decir la repetición, la refutación, pero también el olvido de los enunciados. Véase, al respecto, Courtine (1981) y Orlandi (1993).

16 Retomamos de una manera libre la clásica distinción entre enunciación “histórica” y enunciación “discursiva” de Benveniste. Véase Benveniste (1973).

17 La noción de “transferencia política”, que Scavino recupera de Freud para hacer mención en su reciente libro *Rebeldes y confabulados* a los procesos que configuran las narraciones de la política argentina, refiere a la idea de que el presente aparece “como una precisa repetición del pasado”: “la ‘transferencia política’ consiste en la convicción de estar viviendo algún antagonismo presente como si fuese una repetición o una actualización de algún conflicto del pasado.” (2012, p. 67)

fuerza de ese legado irrealizado, busca obtener la potencia para definir el nuevo horizonte de lo posible.

LAS CUATRO DIMENSIONES DEL ANACRONISMO DEMOCRÁTICO

Cuatro dimensiones expresan en simultáneo el efecto disruptivo de este anacronismo democrático. La primera refiere a la reformulación retrospectiva de la contradicción principal de las luchas generacionales: según la perspectiva gubernamental, la contradicción que regía el proyecto de la militancia puede sintetizarse en un enfrentamiento entre democracia y neoliberalismo. En segundo lugar, el kirchnerismo ofrece una representación “democrática” de la militancia que conjuga tres torsiones respecto del *ethos* generacional: una léxica, una cultural y una política. La estigmatización del neoliberalismo como epítome de la cultura autoritaria y como *falso* capitalismo representa una tercera dimensión del anacronismo, que se completa con una cuarta: la capacidad heurística de esta lectura a contrapelo para volver verosímil el proyecto de «refundación» de la cultura nacional que el kirchnerismo propuso.

PRIMERA DIMENSIÓN: LA CONTRADICCIÓN PRINCIPAL

La memoria generacional del primer kirchnerismo deja de lado la antinomia socialismo/capitalismo, que había estructurado, por fuera o por dentro del peronismo, el horizonte revolucionario de la juventud militante de los setenta. Este abandono significa en los argumentos un deslizamiento semántico hacia una nueva antinomia: democracia versus neoliberalismo, nutrida por nociones como libertad, pluralidad, consenso, represión, incompreensión, expulsión, asesinato:

Recuerdo las noches en que nos reuníamos antes del 17 de noviembre del 72 para ir por Turdera a recibir al general Perón, a enfrentar la represión de aquellos tiempos que no entendía lo que era el contacto del pueblo con su líder, la democracia, la libertad, la pluralidad, la libertad de consensos, el poder pensar diferente, el poder crear una patria diferente. (28 de noviembre de 2003) [Fragmento 10]

México, Estados Unidos de México, albergó, abrió sus puertas, abrió sus corazones, a miles de militantes, intelectuales, estudiantes y trabajadores, comprometidos con la construcción de naciones justas, independientes y democráticas, comprometidos con la pluralidad y el consenso, comprometidos con el respeto a los derechos humanos, comprometidos con la inclusión social, con la equi-

dad, comprometidos con la Justicia, que eran expulsados o si no eran asesinados en nuestra propia nación. (31 de julio de 2007b) [Fragmento 11]

Sabemos, como resultado de una extensa bibliografía,¹⁸ que las agrupaciones de izquierda de los años setenta, cualquiera fuera su formación ideológica y su procedencia cultural, compartían rasgos sustantivos comunes: eran portadoras de programas que combinaban cuestiones tales como liberación nacional, socialismo o revolución, tenían un lenguaje compartido y un estilo político común, resultaban convergentes en la manera de oponerse a la dictadura, en sus críticas de diverso alcance al capitalismo y, también, en sus intentos de esbozar principios de legitimidad políticas distintos. Con diferencias y especificidades que definían a cada una de esas organizaciones, Cristina Tortti señala que todos los grupos pueden ser considerados como

partes de un mismo movimiento, en la medida en que compartían objetivos y metodologías de tipo radical. Aunque partieran de posiciones cristianas, nacionalistas, peronistas o de izquierda, las unificaba el ‘deseo de compromiso’ –entendido como urgencia por involucrarse en la vida política–, la confianza en las virtualidades revolucionarias del pueblo y la creencia en que era necesario contar con una ‘vanguardia’ que, representando sus intereses, tomara la iniciativa en la lucha (1999, p. 213).

Es patente que, en relación con el kirchnerismo, la cuestión particular del peronismo de izquierda es significativa. Los jóvenes que lo conformaban, después de todo, participaban de estas estratificaciones generacionales de la sensibilidad que encontraban un atractivo irresistible en el tono de *inminencia* que la revolución anunciaba. La pregunta por el significado del peronismo adquiere, en este contexto de extendido ánimo escatológico, toda su pertinencia: blanco sobre negro, la concepción del peronismo como “hecho maldito del país burgués” (por usar una fórmula pregnante) colocaba al movimiento como prolegómeno del socialismo nacional. Éste era, de hecho, uno de los efectos principales que había producido el discurso peronista como proceso de inteligibilidad de la tradición nacional. Véase, a modo de ejemplo, la obra *Peronismo: Teoría e historia del socialismo nacional* de Norberto Ceresole y Carlos Mastrorilli (Buenos Aires, Corregidor, 1973), que empieza así: “El presente volumen está destinado a fundamentar política, histórica, geopolítica e institucionalmente la viabilidad del proyecto socialista nacional para la Argentina. Este trabajo es una aproximación orgánica al tema del socialismo nacional en la

18 Entre las referencias centrales, véase Vezetti (2002, 2009), Ollier (2009), Sarlo (2005), Altamirano (2011), Quiroga & Tcach (2006), Calveiro (2005), Svampa (2003), Novaro (2006), Novaro & Palermo (2004), Pucciarelli (1999).

Argentina, desde la práctica política del movimiento peronista” (p. 7). Derivación histórica, su herencia había sido entrevista en la línea de un socialismo nacional, nutrido por la tradición marxista y afanosamente crítico de cualquiera de las formas del capitalismo.

La interpretación del peronismo como una etapa en el camino hacia el socialismo nacional era un denominador común de las organizaciones de la izquierda peronista, que ajustaban las lecciones del discurso predictivo del marxismo a la versión vernácula de la contradicción principal: peronismo/antiperonismo.¹⁹ El marxismo, de esta manera, se convertía en la grilla de interpretación teórica, el referente doctrinario compartido por el conjunto de la izquierda, de una realidad *crasamente* peronista. Hacer estallar esta contradicción empírica aceleraría los tiempos de resolución de la contradicción teóricamente fundamental. Observemos las dos citas siguientes:

Adelante, vamos todos compañeros
hasta el incendio final de la victoria.
Hasta que el sol partido en una hostia
se nos entre por la boca y proclamemos
a la tierra nuestra Patria Socialista
a la tierra nuestra Patria Peronista
a la tierra nuestra Patria Libre, Justa y Soberana

Era el 11 de marzo del 73, una generación de argentinos nos incorporábamos a la vida democrática con la fuerza y el deseo de construir un nuevo país. Después nos tocó vivir tantas cosas, nos tocó pasar tantos dolores, nos tocó ver diezmada esa generación de argentinos que trabajaba por una Patria igualitaria, de inclusión, distinta, una Patria donde no sea un pecado pensar, una Patria con pluralidad y consenso como la que tenemos hoy aquí, que el hecho de pensar diferente no nos enfrentara sino por el contrario, nos ayudara a construir una Argentina distinta. (11 de marzo de 2004b) [Fragmento 12]

El primer fragmento es una estrofa del *Himno de la victoria* de la Juventud Peronista (JP), la principal agrupación de la militancia de izquierda peronista, publicado en el número 2 de la revista *El Descamisado* (29 de mayo de 1973). El segundo fragmento es un extracto del discurso

19 “Como los Montoneros no eran –explica Altamirano– los primeros en buscar en el peronismo la clave de la revolución ni, viceversa, la clave del peronismo en la revolución, al incursionar en esas aguas encontrarían la palabra y los mitos de los que estaban ya allí, algunos largamente ejercitados en interpretar y reinterpretar los mensajes, siempre imprevisibles, de Perón exiliado. Allí se guardaba y se alimentaba la memoria del ‘peronismo revolucionario’, o ‘verdadero’, tejida de relatos, nombres y hechos posteriores a 1955 en que se representaba la presencia incesante del ‘pueblo peronista’ como pueblo irredento, igualmente activo en las huelgas contra la Revolución Libertadora y en el levantamiento del general Valle, la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, la asonada del general Iníiguez y los grupos de acción directa, las tomas de fábrica y los ‘caños’. Los Montoneros se incluyeron en esta estela narrativa y la hicieron suya” (2011, pp. 154-155).

de Kirchner, pronunciado en el Primer Encuentro de la Militancia, el 11 de marzo de 2004.

La semántica fuertemente militarista y mesiánica de la estrofa contrasta con el recuerdo de Kirchner de una generación que trabajaba por «que el hecho de pensar diferente no nos enfrentara». “Hasta el Incendio Final de la Victoria”, “Una batalla sangrienta” y “El Tío presidente liberó a los combatientes” son algunos de los títulos que encabezan las notas de este número de *El Descamisado*. Si la reformulación de la consigna de una “Patria Libre, Justa y Soberana” por el de una «Patria igualitaria, de inclusión, distinta, una Patria donde no sea un pecado pensar» resulta llamativa pero no necesariamente infiel al espíritu de la letra, la rememoración de la lucha de la militancia por “una Patria Socialista” como la lucha por «una Patria con pluralidad y consenso como la que tenemos hoy aquí» resulta cuando menos una interpretación singular, apta en todo sentido para el proyecto de «capitalismo nacional» del nuevo gobierno.

El anacronismo democrático del discurso kirchnerista, nutrido –como veremos luego– por un léxico setentista, contrasta con esa visión irredenta, incendiaria, de la “Patria libre, justa y soberana”, que culminaba, como en la estrofa citada, con una saga identitaria de peronismo y socialismo; identidad que, por otro lado, el recurso retórico de la anáfora y la rima no hace más que reforzar. Era un lugar común de la época advertir que la correcta dilucidación del peronismo permitiría deducir la fórmula nacional del porvenir socialista. “Ningún montonero –ejemplifica Beatriz Sarlo (2010, p.159)– quiere restaurar el peronismo, sino convertirlo en otra cosa”. Ocurría, sin embargo, que el pueblo –vieja lección aprendida por la izquierda durante la epifanía del 17 de octubre y confirmada luego en los años de proscripción– era peronista. Abandonada la apuesta por la desperonización de las masas, la única opción legítima era, según esta convicción, unirse al peronismo, que era el movimiento que aglutinaba las masas.²⁰ El peronismo se ofrecía así como el *tour de force* de ese “hecho absoluto” llamado revolución. Esta oferta, por otro lado, cobraba fuerza porque, de acuerdo con Sarlo:

El irredentismo peronista se fusiona con el conjunto de ideas, imágenes y narraciones que tienen como motor la inminencia revolucionaria. La historia era pensada en su momento de culminación y el elemento redentorista del peronismo encajaba muy bien en ese final de la sociedad burguesa. El peronismo, entonces, fue resemantizado en términos de revolución y el sintagma ‘revolución peronista’ se impuso como marca cultural e ideológica. (2010, p. 42).

²⁰ Este argumento retoma el planteo de Altamirano acerca de “la lucha por la nominación legítima del peronismo que se libraría en el ámbito de la izquierda desde los primeros años del gobierno de Perón. Lucha simbólica, cada representación del peronismo iba asociada a prescripciones políticas que podían reducirse, en el límite, a los términos de una disyuntiva: o se apostaba a la desperonización más o menos próxima de las masas o había que unirse al peronismo, donde estaban las masas” (2011, p. 33).

La narrativa del pueblo irredento, según esta interpretación, por cierto, dominante, no salía de los márgenes de la irredención peronista. Como describe Carlos Altamirano:

Ser “soldados de Peron” significaría, en primer término, obrar dentro de esta división [peronismo/antiperonismo] y desarrollar sus latencias antagónicas como hostilidad absoluta. Que la disyuntiva política se definiera en tales términos no implicaba olvidar la meta –liquidar el capitalismo y construir el ‘socialismo nacional’–, dado que en la división peronismo/antiperonismo se resumía la división entre el pueblo y sus enemigos, o el pueblo y el ‘régimen’, en suma, la contradicción principal (2011, p. 155).

En síntesis, la izquierda militante, incluida la peronista, mostraba ante la democracia esa “hostilidad de principio” que Marc Angenot define en *La démocratie, c’est le mal*: la democracia era para estas agrupaciones una impostura, un engaño organizado de la sociedad capitalista. Svampa, a propósito de ello, caracterizó el “*ethos* de los setenta” por “la desconfianza en las vías reformistas y el desprecio por el sistema partidocrático” (2003, p. 28). A los oídos mesiánicos, democracia rimaba menos con revolución que con capitulación. No debe extrañarnos: la mayoría de los protagonistas políticos de la época (militares, civiles, partidos y sindicatos) tenía, si no desprecio, desafección por las reglas de la democracia política, al punto que, como nos recuerda Altamirano, “incorporar al peronismo al juego político liberal democrático, es decir, integrarlo, solo era [para la militancia] una de las maniobras del antiperonismo, el Régimen, que siempre había contado con apoyos dentro del peronismo” (2011, p. 158).

Hostilidad de principio, Patria Socialista, la democracia como claudicación ante los enemigos del pueblo; la insistencia en las reservas de la militancia frente a la democracia como sistema político no desconoce, por supuesto, que una mayoría de esos jóvenes militantes abrazaron *una vez en democracia* el proceso democrático,²¹ pero este distanciamiento de la identidad combativa fue el resultado de un lento aprendizaje en todo caso posterior a los setenta. Es importante insistir en este punto: los rasgos de la cultura política en la cual los integrantes de la izquierda revolucionaria aprendieron el significado de la política estaban marcados, según María Matilde Ollier (2009, p. 21), por el “ensamble entre mesianismo y autoritarismo, lo militar como constitutivo de la

21 De acuerdo con Vezetti, “Si hay algo que se impone con fuerza en los debates del exilio, cuando nadie pensaba en una salida electoral y mucho menos en la derrota electoral del peronismo, es que la discusión sobre la democracia (en la sociedad, el Estado, las organizaciones) atraviesa de diversos modos todas las intervenciones, en el socialismo que vira al reformismo, en los diversos peronismos y aun en la izquierda que busca mantener y a la vez renovar el ideal revolucionario. En ese sentido, Juan Carlos Portantiero expresaba una enseñanza, extraída de la experiencia terrible de la dictadura, que abarcaba más que su propio grupo político e intelectual: después de 1976, ‘la democracia formal ya no aparece como un puro reclamo liberal’ (2009, p. 96).

política, el descreimiento en las potencialidades de la democracia en tanto procedimiento.”²²

Con estos argumentos a la vista, resulta claro que el juego de ausencias y presencias en la memoria kirchnerista del pasado reciente encauza las demandas generacionales en una dirección que dista de la original. Nada nos recuerdan las alocuciones presidenciales de las disputas setentistas entre nacionalismo e imperialismo, ni siquiera de la lucha entre las fracciones del peronismo en torno a la orientación liberal o socialista del nuevo gobierno;²³ hay una opción discursiva, en cambio, por recordar la postergación como un símbolo: la imposibilidad pasada de realizar lo que la generación de los setenta quería llevar adelante, «el poder crear una patria diferente», sea cual fuere en los hechos *esa* «patria diferente». En otras palabras, Kirchner rememora la postergación de su generación, hace de ésta –como veremos luego– un signo latente de las consecuencias del autoritarismo neoliberal, pero elide cuál era, de hecho, el nombre que aglutinaba esos proyectos: la omisión de la “Patria socialista” es inversamente proporcional a la exaltación de la postergación generacional como símbolo de un horizonte diferente posible.

SEGUNDA DIMENSIÓN: CUANDO LA DEMOCRACIA ERA JOVEN...

El anacronismo democrático implica en la palabra kirchnerista no solo una reformulación de la antinomia estructurante de las luchas generacionales, sino también la figuración de la militancia como una experiencia dominada por una sensibilidad romántica y democrática. Como proceso hermenéutico, el diseño de esta sensibilidad implica una torsión léxica, una torsión cultural y una torsión política.

La torsión léxica involucra básicamente dos fenómenos: (i) la reformulación “democrática” de las consignas generacionales y (ii) el uso formal de un lenguaje de época. En el apartado anterior, dimos cuenta del “olvido” en las palabras de Kirchner de las consignas revolucionarias y de los proyectos de socialismo nacional, así como también del papel adjudicado por su generación al peronismo en ese juego de inminencias: ninguna referencia, pues, a la revolución, a la liberación nacional, al socialismo. Mientras tanto, el relevo analítico de las consignas que la narración presidencial atribuye a la militancia permite afirmar que “la militancia” como sistema connotativo se vuelve plataforma de consignas en la que confluyen demandas ajenas al imaginario de la militancia, como

²² Véanse, a propósito de la subjetividad militante, entre una bibliografía abundante, los trabajos de Vezetti (2009), Ollier (2009) y Anguita y Caparrós (1997).

²³ Al respecto, remitimos a Sigal & Verón (2004).

mostramos en los fragmentos 10, 11 y 12: algunas de estas demandas, es cierto, bien podrían integrar el espíritu de época, por caso «construir un nuevo país», «una Patria igualitaria», «el poder crear una patria diferente», «el contacto del pueblo con su líder», «la libertad»; mientras que otras, es evidente, no formaban parte del vocabulario militante o sus significados distaban de los que son propuestos en la actualidad por el kirchnerismo, por caso «la democracia», «la pluralidad», «la libertad de consensos», «una Patria con pluralidad y consenso», «el poder pensar diferente», «que el hecho de pensar diferente no nos enfrentara».

El segundo de los fenómenos léxicos es igualmente relevante. Abunda en la palabra presidencial determinado lenguaje de época, que es usado de una manera *formal*: vale decir, Kirchner trae a colación un léxico en el que palabras como «sueños», «convicciones», «ideas», «coraje», «sacrificio», «entrega», «dejar todo» tienen una presencia recurrente:

[...] aquellos que dejaron todo, que pusieron todos sus ideales y que soportaron las cosas más atroces por defender un país distinto, un país con justicia, un país plural, un país sin corrupción, un país con igualdad social, un país con igualdad de posibilidades. (28 de noviembre de 2003) [Fragmento 12]

[...] militaron durante muchísimo tiempo y pusieron sus ideas, su espíritu, su corazón y su vida al servicio de un proyecto diferente de Argentina (16 de diciembre de 2003) [Fragmento 13]

Queridos hermanos, hermanas, compañeros y compañeras, argentinos, argentinas: ¡y al final un día volvimos a la gloriosa Plaza de Mayo a hacer presente al pueblo argentino en toda su diversidad! Hace 33 años yo estaba allí abajo, el 25 de mayo de 1973, como hoy, creyendo y jugándome por mis convicciones de que un nuevo país comenzaba, y en estos miles de rostros veo los rostros de los 30 mil compañeros desaparecidos, pero igual veo la Plaza de Mayo de la mano de todos nosotros. (25 de mayo de 2006) [Fragmento 14]

Ahorabien, no resulta equivocado indicar que el contenido proposicional de estas convicciones, ideas y sueños, o la *causa* del sacrificio y la entrega de los militantes no remiten a un ideario determinado: sintagmas vacíos como «un país distinto», «un proyecto diferente de Argentina», «un nuevo país», o incluso otros más “llenos” como «un país con justicia», «un país plural», «un país sin corrupción», «un país con igualdad social» «un país con igualdad de posibilidades» resultan a todas luces amplios en su horizonte, o al menos más universales respecto de sus diferentes auditorios que términos como «revolución» o «socialismo». Es decir, devienen significantes en los que lo que se rescata es la existencia misma

de convicciones y valores o la virtud de una praxis política atravesada por la entrega y el sacrificio: el contenido de los programas y de las consignas, incluso de los cánticos, dejan su lugar a las formas.

Estas torsiones del léxico se articulan con un “giro romántico”²⁴ en las representaciones de los militantes, que son figurados como jóvenes idealistas, rebeldes y aventureros, que lucharon por un mundo mejor, por «una Argentina distinta». Esta visión idealizada de la militancia retoma, sin dudas, un relato que cobró fuerza en la década de los noventa, que ha buscado “restituir –como señala Hugo Vezetti– la dimensión de la militancia y ha puesto de relieve las metas, las virtudes personales, la abnegación y la entrega, o los estilos de vida (el juvenilismo) mucho más que las prácticas y las acciones” (2009, p. 99-100). Como es sencillo de constatar, esta perspectiva tiende a relegar o directamente suprime “la fe miliciana, las prácticas de la muerte como medios habituales de la acción política y el mito (en el sentido soreliano) de la guerra revolucionaria” (Vezetti, 2009, p. 100).

La visión pacificada de una militancia que no habría tenido otras armas que sus valores personales, impone un modelo ético-político de rebeldía que aleja las imágenes, de por sí extremas y antagónicas, de las víctimas, por un lado, y de los guerreros y soldados de la *causa*, por el otro. Impera en esta impronta un cierto *juvenilismo*,²⁵ que pone el acento en tópicos como la transgresión, la acción, el movimiento y, más en general, en una cultura patética²⁶ de la que se evocan antes que nada un modo de vida, afectos, amistades y costumbres:

Habían instalado en la sociedad la teoría del terror, “si algo les pasó por algo será”, y esto no lo puede creer cualquiera que haya conocido a los cuatro –yo conocí a tres, a María Eve no sé si la conocí, pero sí a Tatú, a Omarcito y a Julio. Los conocí mucho, me tocó vivir y estar al lado de Tatú cuando lo asesinaron ferozmente allá por el año 1974 en la ciudad de La Plata, y después con Omar

24 La idea de un “giro romántico” es deudora de Sarlo (2005). Según la autora, los relatos sobre las décadas del sesenta y setenta están dominados por un tono “realista-romántico”, que se manifiesta en dos rasgos fundamentales: el foco en la subjetividad del narrador y la referencia a la “juventud” de sus protagonistas, connotada en términos de abnegación, ímpetu, idealismo, rebeldía.

25 Acerca del “juvenilismo”, Sarlo afirma que “De todas las caracterizaciones que se están haciendo de los años setenta (que, como ya es canónico decir, comienza a mediados de los setenta, e incluso antes), me gustaría detenerme en una que es de naturaleza cultural: el juvenilismo. No se trata, como hoy podría pensarse, de un sentimiento blando en consonancia con las tendencias del mercado sino de un rasgo político-cultural más profundo, que se encuentra en los momentos de giro ideológico (antes tuvimos, en América Latina, el juvenilismo de la reforma universitaria del dieciocho, que sintonizó con el arielismo, los mensajes de Ingenieros a la juventud en 1917, y el latinoamericanismo como primera forma de antiimperialismo). Los setenta son juvenilistas en este sentido profundo, inaugurado por la figura del estudiante Fidel Castro en el cuartel Moncada, que se proyecta en episodios fundamentales de las guerrillas y en el Mayo francés.” (2010, p. 156)

26 El calificativo “patético” refiere, en este contexto, a la idea de un *pathos* generacional. No debe entenderse, por lo tanto, como un término peyorativo, de uso extendido en el sentido común, ni en la dirección de una cultura del dolor o del lamento; pretende señalar el cariz emotivo, sensible, dominado por las pasiones, sean éstas tristes o alegres, en la evocación discursiva de la cultura juvenil de los años setenta.

y Julio compartimos tantas cosas. Cuando veo a los padres, cuando vi al hijo de Julio con quien que me encontré en Malargüe, lo primero que me acuerdo es que en los momentos más difíciles y en los momentos de estudio aparecía Julio con su guitarra a levantarnos el ánimo, el espíritu; en los días que ya no nos quedaba dinero para llegar a fin de mes siempre estaba la guitarra de Julio para hacernos sentir que éramos los millonarios de la Tierra. (28 de noviembre de 2003) [Fragmento 15]

[...] en muchas noches de charlas y mate, en muchos días de militancia conjunta, hablaban con un amor enternecedor de lo que era su tierra... que soñaban con una Argentina totalmente diferente, que hablábamos entre nosotros de cómo íbamos a hacer un país más justo. (28 de octubre de 2004) [Fragmento 16]

[...] en noches de mates, esperanzas y vino, de las que tantas veces hemos tenido con amigos y hermanos que ya no están y que como yo creían firmemente en una Argentina distinta, todos los chicos: el Gringo, el Rata... (23 de mayo de 2006) [Fragmento 17]

Convertido en un ícono de todos los inconformismos, el militante es un joven idealista, movido por la pasión y el deseo.

La torsión política es la tercera faceta de esta representación de los jóvenes militantes como demócratas. El idealismo, el inconformismo se entretajan en la memoria del primer kirchnerismo con un efecto que llamaremos de “desorganización” de la cultura política militante. Por “des-organización” hacemos referencia a un semblante generacional que prescinde del peso de las organizaciones en la praxis política. La militancia es descrita como una cultura política “desestructurada”, signada por la participación, el movimiento, el contacto directo, la inmediatez y la confianza en la acción. Complemento de la cultural, la torsión política redundante en una concepción de la práctica política menos como profesión u ocupación que como *élan* vital que atraviesa la subjetividad de los participantes. Asimismo, cartografía un espacio de la política que atraviesa las fronteras de los recintos “cerrados” de las instituciones y que gana los espacios “abiertos” de la esfera pública:

Les quiero agradecer profundamente vuestra presencia acá, estoy terminando mi mandato y estoy agradecido al pueblo argentino que me acompañó y me dio la posibilidad de poder hacer muchas cosas de las que uno siente, muchas cosas que uno compartió desde sus comienzos de nuestra propia vida política, desde sus ideales, que siempre estaré comprometido con la transformación y el cambio, siempre seré un militante político y los militantes políticos, comprometidos con las causas nacionales, populares, que quieren construir

países diferentes nunca se jubilan o se retiran. De cualquier lugar se puede ser presidente o se puede estar pintando una pared, lo que nunca se puede hacer es renunciar a la convicción de Patria, a la convicción de país, de justicia y de equidad que buscamos. (1 de agosto de 2007b) [Fragmento 18]

Salíamos nosotros a levantar la basura, los militantes, salíamos nosotros a barrer la calle, a baldear las veredas; salíamos nosotros a llevarle el hormigón a cada vecino para que haga su vereda. Si los vecinos de Río Gallegos me están escuchando se van a acordar, las horas, los días, los sábados, los domingos, las noches que trabajamos juntos, algo que lamentablemente se perdió. (8 de mayo de 2007b) [Fragmento 19]

[...] abrigué momentos de profunda emoción cuando tuve la oportunidad de reunirme con hermanos chilenos que cruzaban la frontera, en Monte Aymond, a través de Punta Arenas y nosotros, militantes de la Juventud Peronista, de aquel momento íbamos y los rescatábamos y los traíamos para Río Gallegos y a partir de allí iniciábamos toda la tarea de inserción, de cobertura, de respaldo a compañeros militantes de causas nacionales y populares, que estaban siendo perseguidos por la terrorífica dictadura, que encabezaba alguien que realmente no quiero nombrar. (8 de noviembre de 2007) [Fragmento 20]

Pluralidad, diversidad, tolerancia, libertad de pensamiento y de expresión; sumemos ahora a la lista esta descripción de acciones, de tránsito, de contacto inmediato, en las que las paredes y las calles son testigos de la labor militante; los términos permiten ir reconstruyendo a partir de la materialidad lingüística la traducción democrática del legado generacional de los años setenta que la palabra presidencial realiza. La militancia, entrevista como una experiencia que desborda la acción política para volverse un impulso vital, un modo de vida, incluso un estado físico,²⁷ elude la sombra de la organización, sus jerarquías, sus directivas, su severidad y su lógica castrense, y se vuelve un “caleidoscopio” de humores, posiciones y prácticas, en el que, parafraseando la ironía de César Teach (en Vezetti, 2009, p. 165), la música de Daniel Viglietti y las cronopios de Julio Cortázar parecen más adecuados a la militancia que la bomba y el revólver: entre «la teoría del terror» y la «represión», emerge un *paisaje* de «noches de charlas y mate», de «amor enternecedor», de «chicos» que compartían guitarreadas estudiantiles (v. s. fragmentos 15 a 17); la militancia asoma bajo el relato de una aventura juvenil, empapada de fraternidad con el otro, de lealtad y amistad.

27 Estas características son mencionadas por Sarlo: “El juvenilismo de los setenta se apoya en el sentimiento de *inminencia*: se aproximan grandes cambios, que exigen tareas gigantescas por su riesgo físico y su osadía, que sólo pueden ser encaradas por aquellos que no mantienen compromisos subjetivos, espirituales o materiales con nada del presente o del pasado.” (2010, p. 156)

DE TRANSVERSALIDAD Y CONCERTACIÓN: EL EFECTO “MILITANTE”

La memoria de los setenta ofrece al primer kirchnerismo la concepción de una democracia práctica, ágil, inmediata, *callejera*, que prefiere el contacto a la delegación y los principios a los partidos. Hablamos ya de des-organización, vitalidad e inmediatez; estas nociones ponen en foco que la exaltación de la militancia como cultura política plantea a su vez una crítica de los partidos políticos como organizaciones de profesionales de la política-espectáculo. Vale la pena citar algunos fragmentos del discurso de Kirchner en el Encuentro de la Militancia, el 11 de marzo de 2004:²⁸

Tenemos que volver a reconstruir el espacio de los militantes, de los cuadros, tenemos que volver a valorar la política y no queremos que se repita la mecánica casi empresaria de la política que tiende a acordarse de los amigos y de los compañeros para utilizarlos en cuestiones electorales. [Fragmento 21]

No queremos ayudar a conjugar y a que todo el mundo nos diga que sí, a tener tropas “disciplinadas”, como se estila. Queremos tener compañeros que piensen, que nos digan la verdad, que tengan capacidad transgresora, que ayuden a equivocarnos lo menos posible.

No queremos más la práctica de un culto al individualismo, a la personalidad y a la teoría del jefe. Esas teorías que tanto daño han hecho a la política argentina y han quebrado su calidad y hasta su propia moralidad los que quisieron llevarlas adelante. [Fragmento 22]

Queremos nuevamente que los locales políticos no sean lugares de “trenzas”, o que no sean lugares -para definirlos con toda exactitud- donde nos juntemos solamente a tomar unos vinos o a comer asados. Queremos que los lugares políticos sean lugares de meditación, de formación, de conciencia cívica, que tiendan a consolidar una Argentina diferente. [Fragmento 23]

Cuando se comienzan a tejer las representaciones democráticas que Kirchner entrevé en la militancia, es posible observar que el anacronismo democrático vuelve legítimo en un plano ideológico operaciones como la “transversalidad” o la “concertación”. «Cuadros» *versus* «mecánica casi empresaria», «capacidad transgresora» *versus* «tropas disciplinadas», «formación y conciencia cívica» *versus* «trenzas»; no es casualidad que el Encuentro fuera llamado coloquialmente “Congreso de la Transversalidad”.

28 Vale la pena recordar que la crítica que Kirchner emprende contra «las cúpulas políticas» y los partidos políticos en general recupera, no extrañamente, tres de los tópicos centrales que operaban como lugares comunes de ese “discurso antipolítico” propio del desencanto popular con la dirigencia en los años de la crisis neoliberal: la política como espectáculo, la política como campo de operaciones secretas y la política como burocracia. Hemos trabajado estas cuestiones en Dagatti (2011).

Como sabemos, este tipo de estrategia, destinada a incorporar a la empresa política del kirchnerismo sectores de la izquierda peronista y no peronista marginales a las estructuras del Partido Justicialista, perseguía –según el temprano diagnóstico de Juan Carlos Torre (2005)– dos objetivos: “dotar al presidente Kirchner de recursos partidarios propios para compensar el déficit de apoyos organizados que exhibió al llegar al gobierno” y “utilizar a los sectores de la izquierda peronista y no peronista para impulsar una transformación del partido Justicialista, desplazando las ramas viejas del aparato partidario y promoviendo un viraje hacia la izquierda”. El espíritu de la transversalidad, y luego el de la concertación, expresaban con una claridad meridiana la voluntad del kirchnerismo por dejar atrás las «estructuras y los conceptos partidarios, que –según el propio ex presidente– han resultado perimidos para resolver la crisis en la individualidad». Constituye, además, una respuesta inicial a la crisis de representación política que la misma fuerza había diagnosticado como síntoma de la agonía del neoliberalismo.

Torre ha destacado que la operación política de la transversalidad no fue, en principio, “extravagante”, debido a la reconocida flexibilidad del justicialismo para adaptarse a los cambios del medio ambiente político. Ahora bien, más allá de la dimensión estratégica del fenómeno, es menester notar que bajo la impronta del kirchnerismo, la condición militante remite, en primer lugar, a estilos del obrar político que menosprecian el funcionamiento burocrático de los partidos políticos tradicionales. También, evoca formas de una cultura política regulada, de un lado, por el afán de establecer alianzas políticas con base en principios comunes y, del otro, por una cierta vocación inmediata a la hora de gestionar los lazos de representación: en otras palabras, la transversalidad motiva una definición axiológica de la construcción de las redes políticas: los partidos sucumben ante los principios y el único partido legítimo es el «Partido de la Patria»:

Me decía mi amigo el intendente de Esperanza que somos de partidos diferentes; no tenga ninguna duda, señor Intendente, de que somos del mismo partido, del partido de la Patria, de la honestidad, del trabajo, de la igualdad, de la educación, de honrar a aquéllos que sudan y trabajan día a día por un nuevo país, por una nueva Argentina. (3 de marzo de 2004) [Fragmento 24]

Cuando veo que algunos se desesperan por tratar de mostrarse y existir en la vida política o haciendo oficialismo cerrado o haciendo oposición por oposición para figurar en los diarios, digo ¿no se dan cuenta, no caminan la Argentina? Cuando vamos barrio a barrio, provincia a provincia, vemos miles y millones de compañeros, de hermanos y hermanas argentinas que nos miran con lágrimas en los ojos, en el olvido a que han sido sometidos. ¿Por qué no dejamos de jugar a la política corta y escribimos la historia

grande de una Argentina que nos contenga a todos?" (11 de marzo de 2004) [Fragmento 25]

Es hora de que los argentinos dejemos de priorizar las luchas partidarias y en la pluralidad y el consenso encontremos las referencias que nos contenga a todos en la diversidad. Pensemos diferentes, pero hagamos un país para todos, que nos contenga a todos, que tenga las raíces de la unidad y la identidad nacional, que es el camino por el que tenemos que marchar. (18 de mayo de 2004) [Fragmento 26]

Se entiende; después de todo, nación, democracia, república proveen a la estrategia de núcleos simbólicos, de puntos de encuentro que, si no reniegan, al menos prescinden de las agrupaciones partidarias: peronismo, radicalismo, socialismo pasan a segundo plano, mientras que nociones como cultura del trabajo, pluralidad, diferencia, libertad de pensamiento, movilidad social adquieren un peso determinante.

De ahí que resulte apropiado advertir que el factor anacrónico no opera solo como una pretendida adaptación del espíritu de la militancia setentista a lo *enunciable* y lo *decible* de una época en la que, como afirma Pierre Rosanvallon, la democracia constituye en las sociedades occidentales "el horizonte evidente del bien político" (1998, p. 9).²⁹ A poco de relevar los discursos de Kirchner, está claro que no se trata meramente de elaborar un léxico democrático con la voz de su generación, sino de redefinir la idea misma de democracia, de *refundarla*: de hacer de la democracia un régimen y una forma de sociedad, en la que la plena vigencia de los derechos políticos se articule con una expansión de los derechos civiles y los derechos sociales.

En este sentido, es posible comprender con mayor facilidad, por ejemplo, por qué la verosimilitud democrática del primer kirchnerismo a la salida de la mayor crisis política argentina parece residir, si seguimos la intuición de Eduardo Rinesi, en la combinación de "un lado confrontativo" con "cierta entonación épica" y "una dimensión institucionalista-estatal" abonada a la "recuperación de la capacidad del Estado para dar sentido a la vida social" y "regenerar lazos sociales degenerados". Esta combinación épica-institucional, afirma el autor, recupera las herencias de "los dos movimientos más importantes del gran trastocamiento de la escena política entre diciembre de 2001 y el final de la presidencia de Duhalde": un "movimiento conflictivista, contestatario, fuertemente antiestatal" y un movimiento por la "recuperación de una idea de orden" (en Natanson, 2004).

²⁹ Tengamos en cuenta, en este sentido, que la democracia, según Sarlo: "Es la base de nuevas perspectivas identitarias: como nunca antes, la Argentina se ha sensibilizado sobre la cuestión democrática, los derechos humanos y la juridicidad irrenunciable de los actos públicos. [...] Incluso las culturas juveniles de la posmodernidad pueden llegar a ser cándida o cínicamente apolíticas, pero siempre muestran un antiautoritarismo." (2010, p. 44)

TERCERA DIMENSIÓN: NEOLIBERALISMO, DEMOCRACIA Y CAPITALISMO

La reivindicación de la militancia de los setenta en los términos de una generación que apostaba a la democracia, al pluralismo y a la libertad de pensamiento encuentra su contrapartida en la crítica radical del neoliberalismo como *falso* capitalismo y como epítome de la cultura autoritaria. Tratemos de observar a continuación las líneas rectoras que permiten definir el contraste entre cultura democrática y cultura neoliberal.

Antes de avanzar, una digresión, empero, se impone, en tanto permite echar luz sobre lo que vendrá. Expusimos en apartados anteriores la reformulación mnemónica que realiza el primer kirchnerismo respecto de las consignas militantes: intentamos dejar en claro cómo la contradicción socialismo/capitalismo que había regido el horizonte de los debates de la izquierda durante los setenta era sustituida por la antinomia democracia/neoliberalismo. Privilegiamos en el análisis la mutación “democrática” de la militancia en las memorias del kirchnerismo; de lado quedó, no obstante, una cuestión central para completar el panorama del anacronismo: la reivindicación que realiza Kirchner del capitalismo en tanto «aspecto sustancial de la condición humana» y, por lo tanto, en tanto horizonte evidente de cualquier proyecto político a futuro. Esto significa, dicho con otras palabras, que la mutación de la contradicción principal no sólo “olvida” el socialismo, sino que, bajo el tópico de los *inseparables*, liga el futuro de la democracia al porvenir del capitalismo.

No constituye una sorpresa para nadie afirmar que el kirchnerismo ha defendido un proyecto de «capitalismo nacional». Basta repasar sus alocuciones públicas, en especial aquellas dirigidas a lo que Ricardo Sidicaro (2010) llama “actores socioeconómicos preponderantes”, para despejar cualquier duda. Menos evidente resulte quizás observar que la antinomia democracia/neoliberalismo incluye, en forma intrínseca, la antinomia capitalismo/neoliberalismo. Esta lógica implica, en primer lugar, que el neoliberalismo no ha sido capitalismo, sino un plan de...

[...] raros capitalistas que se declaran como tales, pero no quieren ni creen en la competencia ni en el riesgo empresario ni en las reglas claras y transparentes ni en el consumo masivo. [...] Raros capitalistas que no creen en el consumo como motor de la economía y demandan achicamiento de salarios para mejorar supuestamente la situación del país. (02 de septiembre de 2003) [Fragmento 27]

Competencia, riesgo empresario, reglas claras, consumo. Bajo la fórmula de un «capitalismo en serio», el kirchnerismo había dejado tempranamente planteada, de una manera apenas disimulada, la idea de

que el neoliberalismo fue a la postre un capitalismo *falso*. Observemos los siguientes fragmentos:

[...] recuerdo que hace algún tiempo se decía que no había plan económico, pero viendo los resultados que estamos manejando en estos días me parece mejor no tener plan que los planes que se tenían cuando había un anuncio del ministro de Economía cada quince días en los canales de televisión y en nombre del neoliberalismo económico intervenían mucho más en el mercado aquellos que hoy nos acusan de que tenemos teorías absolutamente contrarias y distintas [...] (16 de octubre de 2003) [Fragmento 28]

Resulta paradójico escuchar en nuestro país a gurúes económicos, autoproclamados defensores del capitalismo, defender recetas donde siempre hay que restringir el consumo, ignorando que si algo distingue al capitalismo es la idea del consumo (01 de marzo de 2004) [Fragmento 29]

Debemos recuperar la racionalidad, la normalidad, el saber que hay un rumbo permanente con amplio marco de libertad económica [...] que no se va a ver frustrada por aquellos que hablando de liberalismo económico aplicaron las medidas más dirigistas que la Argentina recuerde desde hace mucho tiempo (11 de diciembre de 2003b) [Fragmento 30]

Intervencionismo, dirigismo, pero para achicar el mercado y para restringir el consumo; el neoliberalismo resultó, según esta óptica, un contra-capitalismo, una inversión de sus principios. El sostén de esta argumentación reposa en la convicción expresada por Kirchner de que el capitalismo, como ideología, ha prevalecido porque «consumir y vivir mejor» no es una «buena teoría», sino un «aspecto sustancial de la condición humana»: “El capitalismo como sistema de ideas ha prevalecido, entre otras cosas, porque el consumir y vivir mejor no es una buena teoría, sino un aspecto sustancial de la condición humana”. (1 de marzo de 2004) [Fragmento 31]

Modelo contra-capitalista, el neoliberalismo ha sido, además, y como era esperable, un modelo antidemocrático, fundado en una cultura autoritaria, fundamentalista y uniforme. La argumentación kirchnerista apela, de esta forma, a motivos recurrentes y complementarios: la reivindicación de una verdadera democracia, aquella proyectada imaginariamente en los recuerdos generacionales, coincide con una crítica al neoliberalismo como modelo autoritario:

Es evidente que algunos piensan como único futuro posible el que se solucionen temas de su propio interés de la manera que ellos quieren, pero ya vimos adónde llegó la Argentina con la ortodoxia, el fundamentalismo de mercado y

el discurso uniforme. Debemos salir del pensamiento único para consolidar la marcha hacia la construcción de un proyecto estratégico que con creatividad, pluralidad y capacidad de adecuación nos contenga a todos los argentinos. (10 de julio de 2003) [Fragmento 32]

[...] tenemos dos caminos [...] o bajar los brazos definitivamente o rendirnos a los planes de la ortodoxia neoliberal, o reconstruir un país plural para todos los argentinos. Yo quiero optar por este espacio, un país con pluralidad que pueda contener a todos los argentinos y argentinas. (03 de junio de 2003) [Fragmento 33]

«Discurso único», «dogma», «ortodoxia», «pensamiento único», «fundamentalismo» conforman un idioma que contrasta como un negativo con el universo ideológico de la cultura militante que Kirchner escenifica: «pluralidad», «creatividad», «libertad de pensamiento». Democracia postergada y neoliberalismo convergen en la sociomaquia gubernamental como dos rostros antitéticos del porvenir posible. Un sintagma expresa, como ningún otro, la incomodidad del kirchnerismo ante el pasado inmediato y su anhelada filiación como fuerza política en los grandes momentos de la saga nacional. Ese sintagma es «Refundar la patria».

¿Qué significa «refundar la patria»? La cifra de ese gesto está ligada a la idea de «cambio», que una fórmula presidencial recurrente ha cristalizado: «Cambio es el nombre del futuro». Ya no se trata, como en la vieja escuela de la izquierda militante, de un tono de revolución *inminente*, perentoria e instantánea, sino de un proyecto de cambio gradual, generacional, en el sentido paradójico del tiempo *largo* de una generación. Este «cambio» pone frente a frente, en una puja considerada decisiva, las experiencias autoritarias de los últimos treinta años y el programa prematuramente democrático de la militancia. Entre las alegorías repetidas, el montaje paralelo de una sociedad que nace y otra que agoniza es tal vez la más pregnante:

Estamos ante una Argentina que lucha por nacer y una Argentina que agoniza y lucha por volver. (11 de diciembre de 2003) [Fragmento 34]

Estamos entre una Argentina que nace y una Argentina que agoniza. Debemos sepultar definitivamente un modelo político y económico (...) (11 de diciembre de 2003) [Fragmento 35]

«La vieja Argentina», la «Argentina que agoniza», representa en el imaginario kirchnerista un «modelo político y económico» que fue impuesto por la última dictadura militar, que alcanzó su plenitud durante el menemismo y que tuvo su colapso en 2001:

[...] quería compartir la puesta en marcha de este parque industrial que tiene un símbolo profundo para dejar atrás esa vieja Argentina que hasta hace muy poco tiempo martirizó a todos los argentinos en el marco de la conducción y el proyecto político que tuvo este país lamentablemente de manera fundamental en la última década del 90, pero que se inició en el marco de 1976 hasta la explosión del 2001. (21 de agosto de 2003) [Fragmento 36]

Como contrafaz de esa Argentina macilenta, Kirchner impulsa el nacimiento de un nuevo país a partir de una reivindicación de la identidad nacional y una reivindicación de la república democrática.³⁰ Más allá de la oposición entre las dos Argentinas, interesa resaltar cómo cada una de ellas se articula, desde de una lectura *generacional* de los acontecimientos históricos, en un “pasado” distinto. Las dos Argentinas representan, pues, dos “pasados”: uno, el más obvio, el pasado neoliberal; el otro, más vasto, la saga de los intereses nacionales. De ahí que «la Argentina que lucha por nacer» sea menos una Argentina *sui generis* que la reconstrucción adaptada a los tiempos de una Argentina anterior, cuya fisonomía, como destacamos en los fragmentos 3 y 4, entrevistaron los «patriotas fundadores» y los «pioneros», vivieron «nuestros abuelos» y soñaron continuar los jóvenes militantes de los setenta:

Vengo, en cambio, a proponerles un sueño: reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación; vengo a proponerles un sueño que es la construcción de la verdad y la Justicia; vengo a proponerles un sueño que es el de volver a tener una Argentina con todos y para todos. Les vengo a proponer que recordemos los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros, de nuestra generación que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales. Pero sé y estoy convencido de que en esta simbiosis histórica vamos a encontrar el país que nos merecemos los argentinos. (25 de mayo de 2003) [Fragmento 3]³¹

...es un punto de inflexión: los argentinos tenemos que estar absolutamente decididos a volver a construir y poner en marcha la Argentina de la inversión y el trabajo. Es hora de que seamos muy fieles a nuestras convicciones y esta tarea no se lleva adelante enfrentando a argentinos contra argentinos, sino uniendo a los argentinos en pos de la construcción de una Patria donde la bandera nacional nos vuelva a albergar con el trabajo, la dignidad, la justicia perdida por todos nosotros. (...) Yo sé que vamos a seguir trabajando para el

30 Remitimos al lector a Dagatti (2014). Como se analiza allí, estas tres reivindicaciones pretenden suturar la disolución de los lazos comunitarios, la crisis de representación política y la progresiva inverosimilitud de la ficción “primermundista”, que conforman el diagnóstico que el primer kirchnerismo hace de lo que la situación argentina de la poscrisis a sus ojos plantea.

31 Repetimos los fragmentos 1 y 3 a los fines de facilitar la comprensión argumentativa, sin necesidad de remitirse a las primeras páginas.

crecimiento global de todo el país y también sé que hay muchos hermanos que están sin trabajo, pero no podemos salir de un día para otro y vamos a estar solidariamente acompañándolos hasta que consigan trabajo, ese trabajo digno que les permita reconstruir sus familias y pensar como pensábamos en aquellos tiempos del General, cuando sabíamos que nuestros hijos iban a estar mejor que los padres. Esa es la sociedad que nosotros queremos. (...) por eso veo los carteles de las distintas organizaciones y veo a los trabajadores argentinos con ganas y con fuerzas para empujar a la Argentina para adelante y sé que nuevamente, como en aquellos tiempos, los trabajadores argentinos van a ser el corazón vivo del crecimiento de la Patria. (22 de diciembre de 2003b) [Fragmento 37]

Nosotros queremos una Argentina integrada y solidaria, queremos realmente demostrarnos a nosotros mismos, demostrarles a todos los argentinos y al mundo entero que este país se puede volver a reconstruir, que en esta Argentina podemos recuperar los valores perdidos, que en esta Argentina podemos recuperar las cadenas de la solidaridad, que en esta Argentina podemos recuperar las instituciones, que en esta Argentina podemos recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida por muchos motivos. Perdida porque es un país que se fue construyendo hace 30 años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto, perdida porque hubo una dirigencia a la que le ha faltado coraje y valor -a alguna parte de esa dirigencia- para tomar las determinaciones que hay que tomar. (27 de junio de 2003) [Fragmento 1]

Dios quiera que volvamos a la Argentina de nuestros pioneros y nuestros abuelos; el que más trabaja, el más honesto, el que más estudia, el que más investiga, el que más se esfuerza, el más solidario, el hombre que mejor construye con sus semejantes, el que cree en Dios, el que busca un destino distinto, ese es el argentino que necesitamos. (19 de enero de 2004) [Fragmento 38]

«Dios quiera que volvamos»: los contenidos proposicionales que colman en el discurso kirchnerista el horizonte abierto por la «refundación» resultan explícitos respecto de su apuesta por la duplicación de una instancia anterior: el futuro que los «sueños» abren aparece como la condición de posibilidad de un pasado mítico que es preciso repetir, aun cuando, claro está, esa repetición esté mediada por el aprendizaje generacional y la adaptación a los tiempos globalizados.

Vale decir, el gesto fundacional y el de soñar una nación están atravesados por una metáfora de la pérdida que los campos semánticos de la reconstrucción y el retorno presuponen en una pátina que no adolece ni de épica ni de nostalgia: «reconstruir nuestra identidad», «volver a tener»,

«volver a construir», «que la bandera nacional nos vuelva a albergar», «reconstruir sus familias», «en aquellos tiempos del General», «aquellos tiempos», «volver a reconstruir», «recuperar los valores perdidos», «recuperar las cadenas de la solidaridad», «recuperar las instituciones», «recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida».

La antítesis temporal “generación o neoliberalismo” estipula, entonces, dos pasados: un pasado “denostado”,³² el neoliberal, y un pasado celebrado, el de los momentos fuertes de la cultura nacional (guerras de independencia, inmigración, proyectos populares, militancia setentista), que el kirchnerismo pretende hilar en un “soñar nación común” para imaginar su propia «refundación» nacional y democrática.

El pasado denostado constituye, bajo la mirada presidencial, un bloque temporal sólido, sin fisuras: habría allí una continuidad del núcleo duro neoliberal, que comienza con la última dictadura militar y termina con la crisis de 2001:³³

Entre todos tenemos que repensar profundamente esta Argentina, la tenemos que ir levantando ladrillo tras ladrillo como mucho esfuerzo y, más allá de la visión que cada uno tenga, más allá del concepto filosófico que cada uno tenga, pero teniendo en claro este principio central que es la recuperación entre todos, que es una tarea conjunta de la dignidad avasallada y perdida por las políticas que se profundizaron en la década del '90 y que empezaron en 1976. (13 de agosto de 2003b) [Fragmento 39]

Obviamente que nuestros países necesitan políticas sociales directas, activas, la Argentina durante mucho tiempo fue un ejemplo de cohesión social, hasta que en 1976 vino la larga noche de la dictadura militar complementada con las políticas neoliberales de los años 90, donde decía bien nuestro amigo presidente de Ecuador no sé qué mano invisible nos prometía que el país iba a crecer y después el vaso iba a desbordar y a llegar a todos los sectores. (9 de noviembre de 2007) [Fragmento 40]

Narrado por un discurso pretendidamente objetivo, este pasado es *aplanado* por tres argumentos: el argumento de la continuidad de los

32 Montero (2011) llega a conclusiones similares en torno a la idea de dos pasados coexistentes en las memorias del primer kirchnerismo. En diálogo, tomamos prestado el sintagma “pasado denostado”. Vale la pena, aclarar, no obstante, que su noción de “pasado rememorado” remite al pasado de la militancia, mientras que nuestra noción de “pasado celebrado” incluye este pasado en una hermenéutica más amplia de la historia nacional, que, como ya dijimos antes, empieza con las gestas independentistas y abarca las luchas de la juventud militante.

33 Es preciso remarcar que, ciertamente, esta lectura del pasado reciente no es totalmente arbitraria, sino que ancla en cierta tradición de pensamiento científico-académico (especialmente, en la sociología y la historia económica), que postula desde hace ya varios años que, en efecto, con la dictadura militar se produjo una interrupción súbita del proceso de sustitución de importaciones iniciado décadas atrás, y su reemplazo forzado por un nuevo patrón de acumulación económico, fundamentalmente centrado en la valorización financiera (Basualdo, 2006; Novaro, 2006; Azpiazu y Schoor, 2010)

delitos, el argumento de la continuidad del enemigo y el argumento de los significantes clave. Tratemos de definirlos. El primero consiste en homologar los diferentes procesos políticos de los últimos treinta años a la luz de la denuncia del autoritarismo neoliberal. Este argumento difumina el límite dictadura / democracia y coloca bajo el manto neoliberal, como señala Marcos Novaro (2008), los “delitos penales” (torturas, secuestros, desapariciones) del régimen militar y los “delitos económicos” que el modelo avalado por la dictadura impuso y ningún gobierno democrático logró (en el caso de que lo haya intentado) revertir. El segundo argumento, inherente, por otro lado, a la noción misma de sociomaquia, establece una identidad esencial del “enemigo del pueblo” que permanece oculta detrás de miles de disfraces y máscaras: siempre a la sombra, este enemigo es el verdadero factor de poder detrás de los gobiernos de turno:

Por eso, para terminar, quiero mencionar el nombre del compañero López, porque allí está la amenaza, allí está el terror, allí están ellos. A López no se lo llevaron dos o tres distraídos, a López se lo llevaron los de siempre y lo tenemos que encontrar vivo. (24 de marzo de 2007) [Fragmento 41]

[...] creo que estamos ante instancias centrales y fundamentales; la Argentina sigue debatiendo con absoluta claridad dos modelos de país; hay algunos que no se resignan y quieren seguir trabajando para que tengamos una Argentina para pocos; siguen con los conceptos neoliberales, siguen con la visión de la concentración de la riqueza, de una Argentina empobrecida, subordinada al mundo, una Argentina que no tenga identidad, que no recupere su autoestima, una Argentina que se pueda realizar. Y están trabajando fuertemente, no tengan dudas, operan con todo el poder económico que tienen sobre lo que pueden, sobre los medios, sobre todo lo que pueden actuar; actúan permanentemente para tratar de quebrar y desnaturalizar esta construcción que estamos tratando de llevar adelante entre todos los argentinos [...] (18 de septiembre de 2007b) [Fragmento 42]

Por último, es posible hablar de un argumento nocional que opera en torno a dos significantes: los «derechos humanos» y el «consumo». La unidad del bloque temporal neoliberal estaría dada, en este caso, por su ataque sistemático a estas dos dimensiones sustanciales de la condición humana. Diremos, de manera sintética, que la crisis del modelo neoliberal es, desde este punto de vista, el resultado directo de la repetida violación del «consumo» y de los «derechos humanos» que se inicia en 1976 y culmina en 2001. Por lo tanto, uno y otro constituyen para el nuevo gobierno certezas a reparo de toda polémica, preceden cualquier lucha de intereses, cualquier ideología; son atributos inalienables del ser humano. El *deber-ser* y el *deber-hacer* de la democracia están, respecto de ellas, por encima

de divisas partidarias o intereses particulares. Veamos, por ejemplo, un fragmento acerca de los derechos humanos:

Un país con memoria, verdad y justicia tiene que comprometerse profundamente con la defensa de los derechos del hombre. Este concepto debe integrarse al ideario de todos los partidos políticos. No puede reducirse a un concepto de derechas o izquierdas. Desde un punto al otro del espectro ideológico la defensa de los derechos humanos debe constituir un compromiso nacional y racional. (01 de marzo de 2004) [Fragmento 43]

Ante esta solidez temporal del pasado denostado, el kirchnerismo establece una bisagra, la de la «refundación», compuesta por la confluencia de un relato subjetivo del pasado generacional y de un relato identitario de índole nacional; relato cuya saga tenía en esa generación militante su último avatar, como veremos en las próximas páginas. Esta recuperación de un legado postergado significa, en la argumentación de Kirchner, un signo contundente del fin de un ciclo:

Vivimos el final de un ciclo, estamos poniendo fin a un ciclo que iniciado en 1976 hizo explosión arrastrándonos al subsuelo en el 2001. Queremos iniciar un nuevo ciclo virtuoso construyendo un capitalismo en serio, que no puede sino respetar las instituciones de la democracia, los derechos humanos y la dignidad del hombre; un capitalismo en serio, en donde valga la pena esforzarse, arriesgar, emprender y ganar. (02 de septiembre de 2003) [Fragmento 44]

Como anverso de este relato “objetivo” del modelo neoliberal, el discurso kirchnerista trae a colación un segundo pasado, un pasado celebrado, que hilvana en una narración de tono épico la saga de los grandes momentos nacionales, a partir de la perspectiva generacional de la militancia. Esta perspectiva incluye, adelantamos, una dimensión testimonial, la de Kirchner en tanto parte de esa generación. Se produce entonces un doble juego, que vale la pena poner bajo la lupa: en un plano testimonial, como expone Ana Montero, este segundo pasado constituye una “lectura más intimista, más personal, más testimonial y subjetiva”, que se enlaza con “la experiencia del locutor como joven militante” (2011, p. 108).

Biográfica y emotiva, la narración kirchnerista cobra su verdadera dimensión, no obstante, en la inscripción de esa vida juvenil en la saga histórica de la que su generación se creía parte: en un plano ideológico, este pasado celebrado traza la saga de nombres y momentos fuertes de la construcción de una identidad y una cultura nacional. Como resultado, tenemos dos filiaciones “encastradas”: la filiación de Kirchner en la militancia y la filiación de la militancia en la saga nacional; de esta manera,

el pasado “adversativo”, sedimentado en el modelo neoliberal, aunque expresión de un enemigo objetivo, sempiterno e impersonal, encuentra su antítesis en el pasado “identitario” de Kirchner: identitario en tanto instancia biográfica, identitario en tanto instancia generacional (sincrónica y transversal), e identitario en tanto instancia intergeneracional (diacrónica y nacional).

Pasado adversativo contra pasado identitario, el modo de Kirchner de retomar el devenir de los intereses nacionales mediante una perspectiva generacional idealizada (y en tanto idealizada, ya dijimos, democratizada) constituye una verdadera fractura imaginaria respecto de los últimos treinta años de experiencias neoliberales antidemocráticas. El ejemplo más claro de este anhelo de refundación de la cultura democrática, fundado, como ya explicamos, en las simultáneas antinomias democracia/neoliberalismo y capitalismo/neoliberalismo, es bien conocido: el discurso de Kirchner en ocasión de la creación del Museo de la Memoria en la ex Escuela de Mecánica de la Armada, el 24 de marzo de 2004, a menos de un año de haber asumido su gobierno. En aquel entonces, Kirchner, recordemos, pidió «perdón de parte del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia por tantas atrocidades».

El significativo “olvido” de las políticas de Estado del gobierno de Alfonsín en el acto de perdón despertó de inmediato críticas de diferente tono. No vale la pena ahora retomarlas, pero sí conviene no dejar pasar el hecho de que esta interpretación fue la única posible dentro de la sociomaquia establecida por el primer kirchnerismo: la negación del espíritu democrático del alfonsinismo, cualesquiera hayan sido sus fuerzas, sus limitaciones y sus claudicaciones, era la contrafaz necesaria del anacronismo democrático que tamiza el recuerdo de la militancia. “Olvidar” a Alfonsín era el necesario paroxismo del ánimo de refundación democrática: separados por la óptica generacional, democracia y neoliberalismo resultan modelos excluyentes uno del otro; eso explica también por qué tópicos nucleares de la “primavera democrática” como la exaltación del rol de la democracia como sistema y como forma de vida y la defensa de la «pluralidad», son transferidos a los «sueños» e «ideales» de la militancia setentista. Así lo sintetiza Novaro (2008):

En concreto, la operación discursiva que pondrá en marcha Kirchner desde el comienzo mismo de su gestión consistirá en descalificar globalmente el proceso democrático de las dos décadas previas, con particular virulencia en lo que respecta a la cuestión de los derechos humanos, y reivindicar los ideales, objetivos y la actividad política (“popular” y, por tanto, esencialmente “democrática”) que fuera objeto de represión bajo la última dictadura militar. De este modo incorporará la cuestión de los derechos humanos en un nuevo

relato y un nuevo proyecto político, que se inspira en la tradición de izquierda populista y define a sus adversarios siguiendo esta misma equivalencia: los “enemigos del pueblo” son los mismos ayer y hoy (p. 22).

Somos testigos, pues, de una mudanza temporal de proposiciones: Kirchner vacía los significados del período de la renovación democrática para llenar de sentido “democrático” las consignas de la generación postergada. Como es posible advertir, este anacronismo concreta dos procesos imaginarios simultáneos: acentúa, por un lado, la bisagra del kirchnerismo respecto del neoliberalismo, al tiempo que afilia al kirchnerismo en la saga de los proyectos nacionales y populares; mientras que, por otro lado, desarma la bisagra, el efecto refundacional, que el alfonsinismo había elaborado respecto de la experiencia dictatorial.³⁴ Juego audaz, duplica la ganancia: el neoliberalismo se vuelve un fantasma autoritario, sempiterno y ubicuo que recorre los treinta años de democracia, mientras que la tradición democrática se articula con la experiencia generacional en detrimento de las consignas socialistas y de la “refundación” democrática del gobierno de Alfonsín.³⁵ Reconocer el componente democrático del alfonsinismo hubiera significado poner en crisis la figuración democrática de la militancia, incluso abrir el juego de representaciones acerca de la transición democrática y del papel del peronismo antes y después de la dictadura. Militancia y democracia, neoliberalismo y antidemocracia son, pues, dos caras, inseparables, de un mismo ánimo refundacional.

CUARTA DIMENSIÓN: DEMOCRACIA Y NACIÓN, EL CLIVAJE GENERACIONAL

El anacronismo democrático genera las condiciones *sine qua non* de la pretendida «refundación» de la democracia. La salida de la poscrisis en la Argentina había sido una prueba de fuego para un sistema político a menudo intervenido por golpes cívico-militares; su resurrección como régimen, sin embargo, no evitó el interrogante acerca de la democracia como forma de sociedad. “La democracia –afirma Rosanvallon en *La sociedad de iguales*– afirma su vitalidad como régimen en el momento en que decae como forma de sociedad” (2012, p. 17).

34 Centrales para comprender la relevancia de la democracia como signifiicante en el ánimo refundacional del gobierno de Alfonsín, véase Aboy Carlés (2001) y Zoppi Fontana (1993).

35 Esta “refundación” no era, obviamente, un deseo meramente gubernamental. Según Vezetti, “En 1983, la democracia imponía la certeza de un corte y, consecuentemente, establecía hacia atrás una ruptura nítida anterior en 1976. [...] una sensibilidad de quiebre con el tiempo anterior instalaba la vivencia de un nacimiento en el que nada podía reconocerse de la experiencia social bajo la dictadura. Se vivía el fin de una época y todo lo que emergía parecía revestido de los atributos de lo nuevo, incluso de un descubrimiento instantáneo: la democracia, los derechos humanos, el rechazo de la violencia y el imperativo de justicia” (2009, p. 82).

En este marco de problemáticas acerca de la idea misma de democracia, corresponde colocar la antinomia neoliberalismo/cultura democrática, que es, como vimos en las páginas precedentes, uno de los ejes ordenadores del imaginario kirchnerista. Con similar propósito, destacamos también cómo el primer kirchnerismo *deconstruye* el efecto refundacional de “la primavera democrática”, alisando bajo la égida neoliberal un terreno de prácticas que va desde el terrorismo de Estado hasta las privatizaciones («Sabemos que cuando se habla de los ferrocarriles –expuso Kirchner, por ejemplo– se habla de la desinversión y de uno de los genocidios más grandes que haya podido sufrir la Argentina, entre tantos que hemos tenido»). Además, analizamos cómo la representación de la militancia como un reservorio de deseos, estilos y culturas democráticos le permitió a Kirchner oponer férreamente generación y neoliberalismo, adjudicándole a la implantación del segundo la postergación de la primera. En última instancia, entonces, el anacronismo democrático del nuevo relato oficial sienta las bases para volver verosímil la idea de que el fin del neoliberalismo es la condición de posibilidad del surgimiento de una democracia verdadera.

La lectura anacrónica erige, entonces, la base ideológica de la refundación democrática que el primer kirchnerismo propone. Sin embargo, la cadena argumentativa no se detiene en este punto, ya que la refundación democrática aparece como una dimensión constitutiva de la refundación de la identidad nacional.

Tratemos de localizar esta secuencia: la generación militante estaba llamada a ser la heredera del “soñar nación común” de los proyectos nacionales que habían comenzado con las guerras de la independencia y que el peronismo había encarnado como último avatar. Era, pues, la delegada “natural” de los intereses nacionales. El neoliberalismo cortó, dictadura mediante, este devenir intergeneracional. Insistamos en este argumento: el efecto de refundación del kirchnerismo se basa en la idea de que entre la derrota de los jóvenes militantes en los setenta y su llegada como fuerza al Poder Ejecutivo Nacional en 2003 no ha habido en la Argentina otra cosa que neoliberalismo. Pero entonces ¿cómo conjugar, por ejemplo, la democracia, la pluralidad y la diversidad, es decir, sistemas y valores que se volvieron horizonte evidente durante las últimas tres décadas, pero que eran objeto de ingentes críticas en los años setenta; cómo conjugar, reiteremos, estos valores democráticos dentro de la tradición nacional, si, de hecho, no hay, dentro de este razonamiento, tomado en su aspecto cronológico, espacio alguno para una ligazón entre el horizonte democrático, consolidado en la Argentina durante los años de la “primavera democrática”, y la tradición nacional, postergada en las tres últimas décadas?

La respuesta a este interrogante se vuelve evidente a la luz de nuestros desarrollos anteriores: la ligazón se hace, de hecho, a través del juego

anacrónico. La generación setentista, legataria de la tradición nacional, contenía en sí misma, en sus luchas y en sus prácticas, los impulsos de la democracia, que ahora, después de «la larga noche neoliberal», el kirchnerismo, heredero sobreviviente de aquella generación, puede finalmente desplegar para «refundar la patria».

El anacronismo democrático le permite al kirchnerismo refundar la tradición nacional a través de la visión generacional. Como expone Cecilia Lesgart, la inscripción presidencial en la generación del setenta construye una bisagra y un punto de inflexión en la historia de la Argentina, tanto en el plano de los relatos sobre el pasado como en el proceso de configuración de la propia identidad política peronista: se delinea así un “peronismo con ojos de izquierda” (2006, p. 182). La evocación de la memoria de la militancia no constituye, pues, solamente una reformulación de esas experiencias y subjetividades en pugna, sino, además, la restitución de la politicidad de la década del setenta y la de la política como ámbito de valores o convicciones, que, junto con la restitución de una lógica política binaria, articulada en la mencionada sociomaquia, se opone al ideal democrático y republicano vigente en la década del ochenta.

Con estas características, la concepción de la democracia que expone el kirchnerismo cubre indistintamente bajo el paraguas nocional un entramado reivindicativo de derechos sociales, políticos y civiles, algunos de ellos más asociados con la tradición nacional y, especialmente, con el peronismo clásico, y otros asociados a una visión liberal, que pone el acento en los derechos civiles. Sería descuidado no observar que la matriz generacional (no programática o partidaria) de la narración kirchnerista favorece un canal de mediación entre la cultura peronista y la cultura democrática en torno a un paradigma de principios transversales a todas las fuerzas políticas. Por un lado, Kirchner reivindica a los militantes juveniles de los setenta, pero los reivindica en tanto participan de una forma de vida idealizada y no en tanto resultan miembros de una fuerza política determinada: las identidades partidarias devienen un barniz de época que se disuelve en beneficio de los sueños, los valores y los ideales generacionales; por otro lado, el espíritu generacional, entendido como portador de sueños e ideales democráticos, traduce el ideario peronista a un código contemporáneo: el peronismo llenó de palabras el país y usó la palabra “doctrina” y la palabra “verdad” de una manera muy explícita; el vocabulario kirchnerista optó, a buena distancia, por términos como «pluralidad», «libertad de pensamiento», «diversidad», «verdades relativas», «verdad superadora».

Volvamos a la cuestión de la militancia y su relación con la cultura nacional. La óptica generacional que opera como grilla de interpretación de la tradición nacional ejercita respecto de ésta un proceso bifronte: en un sentido, dispone una perspectiva *catafórica* según la cual un “soñar

nación común” recorre medularmente las aspiraciones de los patriotas fundadores, de los pioneros inmigrantes, del peronismo y de la juventud militante hasta desembocar como un imperativo generacional en el nuevo gobierno; en un segundo sentido, despliega una perspectiva *anafórica* según la cual la Argentina del futuro, «el país que nos merecemos» –«la Argentina de los sueños» cifrada en ese “soñar nación común” que mencionamos antes– sería la Argentina alguna vez realmente existente, la del peronismo como eslabón último de la saga nacional, aclimatada a la condición de los tiempos actuales, según las hipótesis de consolidación democrática, estabilidad regional y capitalismo global.

El legado nacional de la refundación kirchnerista encuentra así dos perspectivas, una prospectiva y otra retrospectiva, que vendrían a garantizar, por un lado, la reconstrucción de una identidad originaria cuyo fundamento sería la continuidad de una identidad común y, por otro, la reconstrucción posible de un modelo capitalista nacional sustentable, tomando por ejemplo la cultura de trabajo de las generaciones anteriores, a la que el peronismo clásico le dio su fisonomía más perdurable. «Refundar la patria» sería, por lo tanto, reiniciar su saga más gloriosa.

El primer kirchnerismo instituye, de esta manera, su herencia patria en la narración de un sueño común y de una postergación no menos común. Su gesto refundacional es, en este sentido, no sólo una apertura al futuro sino la recuperación de una tradición nacional aparentemente mutilada. La continuidad del núcleo duro de la tradición nacional en el aquí y ahora de la refundación, que es interpretada como final del neoliberalismo y como fin de la postergación del programa de la militancia juvenil setentista, conforma la premisa fundamental del legado nacional según el tamiz generacional del kirchnerismo: la columna vertebral de la saga nacional es narrada, pues, como la destinación en los militantes de los setenta del coraje de los patriotas fundadores, el espíritu de los pioneros y la experiencia del “peronismo verdadero”.³⁶

El sincretismo discursivo que opera en esta destinación doble, recuperada por el gesto refundacional, ofrece al primer kirchnerismo una vía de inscripción aventajada en el corazón de la tradición nacional en la Argentina: el relato de un legado fundacional de independencia, soberanía y justicia nacionales que fue mutilado por el neoliberalismo confluye en el discurso kirchnerista con una perspectiva generacional de

36 Con el sintagma “peronismo verdadero” traemos a colación una paradoja significativa de la historia intelectual del peronismo, según la cual habría un peronismo verdadero cuya esencia nunca nadie puede asir: “es una expectativa” –afirma Altamirano en *Peronismo y cultura de izquierda*– “sobre las virtualidades del peronismo que constituyen su verdad. Si esa verdad hoy no se manifiesta (o se manifiesta sólo por el testimonio de los peronistas verdaderos), reprimida y extraviada por obra del peronismo fáctico, ella, sin embargo, se ha mostrado plena en el pasado.” El “peronismo verdadero”, en este sentido, no puede ser más que un legado, dado que “el presente no es nunca el tiempo del peronismo verdadero”: “El presente es el tiempo que consume el peronismo empírico, cuyo reinado, aunque contingente, impide que la verdad del peronismo se consume” (2011, p. 132 y ss.).

la historia nacional que funciona como una suerte de ficción orientadora de su gobierno.³⁷ Heredera de la saga nacional y vanguardia de una cultura democrática, la “generación” setentista condensa como entidad del imaginario político corrientes del pensamiento que buscan articular de manera legítima el espíritu refundacional del primer kirchnerismo. El final de la postergación generacional, que opera para el kirchnerismo como metonimia de la postergación de toda una nación, corre suerte paralela con un saldo histórico: la tradición nacional dota de fuerza a la llegada de una generación postergada, legataria de las banderas de esa tradición, mientras que la retoma generacional refuerza el verosímil de ruptura que la refundación pretende oficiar con el pasado neoliberal, entreviendo la refundación de la nación en la de la democracia.

En derredor de este colectivo generacional del que el ex presidente se consideraba parte, las memorias kirchneristas de la militancia juvenil generan las condiciones para articular las destinaciones de una tradición nacional y de una tradición democrática. Esta disposición por transitar paralelamente por estas tradiciones y presentarse como su heredero legítimo constituye un acontecimiento que Sidicaro destacó apenas iniciado el gobierno:

[Kirchner se] “ha adaptado, saliéndose de la tradición populista, a una sociedad mucho más fragmentada y construida en términos de individuos. Eso es nuevo, es una ruptura con el discurso peronista. Hay elementos de la cultura peronista que están ahí, pero también incorpora una serie de temas diferentes. Básicamente, tiene que ver con reconciliar el liberalismo democrático con la tradición peronista. Es una novedad extraordinaria” (en Natanson, 2004, p. 40).

COMENTARIOS FINALES

Democracia, militancia, refundación, nación constituyen grandes núcleos de sentido que señalan la vía de inscripción de una fuerza política, el kirchnerismo, en una coyuntura histórica específica, signada por los resabios de una crisis histórica y por los conatos de una reconstrucción del orden social.

³⁷ Esta ficción privilegia una narración patriótica y generacional a la vez que contrarresta una narración clasista. La noción de “militancia” como entidad del imaginario kirchnerista es relevante por la luz que echa sobre esta cuestión, ya que está, de hecho, signada por una amplitud que resulta funcional al carácter temporal que la palabra presidencial le adjudica: reviste el carácter de una forma de acción política generacional caída en desgracia por la hegemonía neoliberal. Este carácter temporal privilegia una concepción “transversal” de la militancia, dejando de lado las marcadas diferencias que existían entre las muchas organizaciones militantes de aquel entonces. Como consecuencia, la “generación” cobra la forma de un representante general del pueblo en cuyo triunfo estaría cifrada la emancipación nacional y en cuya postergación estuvo la clave de la postergación de los legados fundacionales.

Estas nociones poseen una densa historia que las entrama en formaciones ideológicas y políticas que han mutado a lo largo de la historia argentina. En este artículo, hemos analizado la relación entre dos de ellas, la de militancia y la de democracia, con el propósito de indagar lo que hemos denominado el “anacronismo democrático”, un efecto de memoria constitutivo del primer kirchnerismo. Para ello, recuperamos brevemente una discusión en torno a la noción de anacronismo y propusimos, a distancia del lugar común del engaño y la tergiversación, una definición del anacronismo como apertura a la imaginación. Afirmamos que el kirchnerismo realizó una interpretación singular del pasado reciente, representando a las agrupaciones militantes de los años setenta como propulsoras de un ideal democrático que fue abruptamente postergado por la implantación del neoliberalismo. Esta lectura, dijimos, cobra sentido cuando se la inscribe en una narración más amplia que relata la historia de nuestro país como la de un perpetuo enfrentamiento entre dos campos, el de los intereses nacionales y el de los intereses de las elites. Demostramos, en esta línea, que semejante lectura anacrónica tendía a reelaborar a su vez esta sociomaquia, reconciliando de una manera considerada legítima la tradición nacional con valores y principios caros a la tradición democrática. Señalamos que esta reconciliación, de dudosa continuidad en la actualidad, fue efectiva para mitigar en los inicios del gobierno los habituales sustratos antiliberales de la tradición nacional, manifiestos característicamente en los diferentes avatares del peronismo.

La escenificación antitética del *ethos* generacional y del *ethos* neoliberal fue la cifra que organizó una reconstrucción del pasado marcada por la distinción entre un pasado neoliberal reciente, el pasado adversativo, y un pasado extenso, identitario, nacido al calor de las gestas patrias, cuyas estribaciones la militancia representaba. A lo largo del texto, describimos, en este sentido, cuatro dimensiones mnemónicas del anacronismo democrático: en primer lugar, la reformulación retrospectiva de la contradicción principal de las luchas generacionales, enunciada ahora como una antinomia entre democracia y neoliberalismo; en segundo lugar, la representación “democrática” de la militancia, basada en tres torsiones del *ethos* generacional: una léxica, una cultural y una política. Observamos la relevancia de tal representación al momento de justificar estrategias como la transversalidad o la concertación: política de principios y valores, política de ideales, política sin organización ni jerarquías, el elemento anacrónico fue también la actualización de una crítica muy extendida a la política como arte de la simulación, la conveniencia y el negociado, tópicos del clima antipolítico heredado de la crisis.

La tercera dimensión implicó una impugnación del neoliberalismo como pináculo de la cultura autoritaria y como ejemplo de *falso* capitalismo.

Conectamos estas tres dimensiones, por último, con una cuarta: la potencia imaginativa de esta lectura a contratiempo para volver verosímil el proyecto de «refundación» nacional que el kirchnerismo impulsó. En esta línea, afirmamos que la interpretación de la militancia como vanguardia derrotada de una cultura democrática le permitió al kirchnerismo intentar reconciliar liberalismo democrático y tradición nacional. Este conato de enlace traía aparejado una redefinición de la relación entre cultura liberal democrática y cultura peronista, que fue, después de todo, para esta perspectiva, el último avatar realmente existente de la tradición nacional, truncada luego por el neoliberalismo y retomada ahora por el kirchnerismo.

Algunas palabras finales. El anacronismo democrático que hemos analizado se inscribía dentro de un imaginario de «refundación», que ejercía, como hemos descrito en otros trabajos, una triple reivindicación: una reivindicación de la identidad nacional, una reivindicación de la república democrática y una reivindicación de la condición latinoamericana de la Argentina. Estas reivindicaciones pretendían suturar la disolución de los lazos comunitarios, la crisis de representación política y la progresiva inverosimilitud de la ficción “primermundista”, que conformaban el diagnóstico que el primer kirchnerismo hizo de la situación argentina de poscrisis.

No sería inadecuado afirmar que el discurso kirchnerista intentó configurar de esta manera un imaginario que hiciera las veces de fuerza centrípeta de cara a las tendencias disolutivas de un capitalismo al que, sin embargo, consideraba «un aspecto sustancial de la condición humana». El problema del «capitalismo nacional», según la palabra presidencial, no pasaba por la sustancia del capital sino por la institución narrativa de formas mínimas del *mayor nosotros*: la identidad nacional, la república democrática, América Latina constituían en el discurso kirchnerista esas mallas de “esencialismo estratégico” de las que habla Gayatri Spivak (1987), a partir de las cuales el primer kirchnerismo buscaba suplir imaginariamente el deterioro local de las principales instancias de mediación organizativa de las sociedades modernas (v. g. los partidos políticos, los sindicatos, los medios de comunicación).³⁸

Como palabras de cierre, quisiéramos destacar el carácter nodal de las narraciones políticas en la construcción de las identidades y memorias colectivas. Las identidades políticas y los imaginarios sociales son incesantemente objetos de reescrituras individuales, colectivas y mediáticas, que les confieren a esas “comunidades imaginadas” que son todas las comunidades relatos singulares y tradiciones sedimentadas,

³⁸ En *La cosa política, o el acecho de lo real*, Grüner retoma los argumentos de Spivak en defensa de un “esencialismo estratégico” y se pregunta: “¿qué porvenir podemos augurarle a una simbolicidad política y cultural que no haga pie en su fundamento imaginario? (2005, p. 241)

temas y motivos que trazan líneas profundas en la historia de los pueblos, persistencias inquietantes y acontecimientos imprevistos.

La originalidad de la posición enunciativa del primer kirchnerismo, afirmada en colectivos generacionales largamente postergados por los juegos de poder, generó una torsión en el escenario político y abrió espacios de sentido que hemos intentado destacar. Entre los orígenes del «capitalismo nacional» y las alternativas recientes del proyecto “nacional y popular”, muchas de las consignas iniciales han mudado, otras han perdido fuerza en la intemperie de los meses, otras han nacido al calor de los conflictos; las pasiones, los valores, las virtudes en estima han variado. Como sea, este trabajo ha tenido la tarea de indicar algunos de estos trayectos simbólicos y el objetivo de estudiarlos críticamente, destacando la presencia de un anacronismo democrático que confiere al espíritu de cambio del primer kirchnerismo una potencia creativa respecto del devenir histórico de la Argentina, cuyas consecuencias el tiempo permitirá evaluar debidamente.

REFERENCIAS

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Arg.: Homo Sapiens.
- Altamirano, C. (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Angenot, M. (1982). *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. París: Payot.
- Angenot, M. (2001). L'ennemi du peuple. Représentation du bourgeois dans le discours socialiste, 1830-1917. *Col. Discours social/Social Discourse*, Vol. IV, Montreal: McGill University.
- Anguita, E. & Caparrós, M. (1997). *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*. Buenos Aires: Norma.
- Augé, M. (1998). *La guerra de los sueños. Ejercicios de etno-ficción*. Barcelona: Gedisa.
- Azpiazu, D. & Schorr, M. (2010). *Hecho en Argentina. Industria y Economía, 1976-2007*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Basualdo, E. (2006). "La reestructuración de la economía argentina durante las últimas décadas: de la sustitución de importaciones a la valorización financiera", en E. Basualdo & E. Arceo, *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*. Buenos Aires: CLACSO.
- Benveniste, É. (1973). "Las relaciones de tiempo en el verbo francés". En *Problemas de Lingüística general*. México: Siglo XXI.
- Borón, A. (2005). "Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner". En *Periferias*, núm. 12, pp. 45-61.
- Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*. Buenos Aires: Norma.
- Casullo, N. (2008). "Néstor Kirchner". En *Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008)*. Buenos Aires: Colihue.
- Cheresky, I. (Comp.) (2006). *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cheresky, I. (2008). *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: CLACSO/ Manantial.
- Courtine, J.-J. (1981). "Analyse du discours politique. Le discours communiste adressé aux chrétiens". *Langages*, núm. 62.
- Dagatti, M. (2014 [en prensa]). "Refundar la patria. Los legados del primer kirchnerismo". En E. Arnoux, y V. Zacchari (Coord.). *Discurso y política en Sudamérica*. Buenos Aires.
- Dagatti, M. (2011). "La acumulación política. Transversalidad, partidos políticos y peronismo en la construcción de gobernabilidad durante

- el kirchnerismo". En *Actas del X Congreso Nacional de Ciencia Política*. Córdoba: SAAP.
- Dosse, F. (2005). "Del usage raisonné de l'anachronisme". *Espaces Temps*, núm. 87/88, pp. 156-171.
- Febvre, L. (2003). *Le Problème de l'incroyance au XVIe siècle: la religion de Rabelais*. París: Albin Michel.
- Franco, M. & Levin, F. (Comps.) (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Green, A. (2000). *Le temps éclaté*. París: Minuit.
- Grüner, E. (2005). *La cosa política, o el acecho de lo real*. Buenos Aires: Paidós.
- Lesgart, C. (2006). "Luchas por los sentidos del pasado y el presente. Notas sobre la reconsideración actual de los años '70 y '80". En H. Quiroga & C. Tcach. (Comps.). *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario, Arg.: Homo Sapiens.
- Maingueneau, D. (2008). *Cenas de enunciação*. São Paulo: Parábola.
- Montero, A. (2011). "¡Y al final un día volvimos!" Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007). *Tesis para la obtención del grado de Doctora*. Mimeo.
- Natanson, J. (2004). *El presidente inesperado*. Rosario, Arg.: Homo Sapiens.
- Novaro, M. & Palermo, V. (Comps.) (2004). *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa.
- Novaro, M. (2006). *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*. Buenos Aires: Edhasa.
- Novaro, M. (2008). "Derechos humanos y política democrática. Las tareas de la historia y de la Justicia entre populismo y liberalismo". En P. Eiroa & J. Otero (Comps.). *Memoria y derecho penal*. Buenos Aires: Fabián Di Plácido Editor.
- Ollier, M. M. (2009). *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Orlandi, E. (Org.) (1993). *Discurso Fundador: a formação do país e a construção da identidade nacional*. Campinas: Pontes.
- Paveau, M. A. (2013). *Os pré-discursos. Sentido, memória, cognição*. Campinas: Pontes.
- Proust, F. (1999). *L'histoire à contretemps*. París: Hachette.
- Pucciarelli, A. (Ed.) (1999). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- Quiroga, H. & C. Tcach (Comps.) (2006). *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario, Arg.: Homo Sapiens.
- Rosanvallon, P. (1998). *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*. París: Gallimard.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.

- Sarlo, B. (2010). *Tiempo presente: notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Scavino, D. (2012). *Rebeldes y confabulados. Narraciones de la política argentina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Sidicaro, R. (2010). *Los tres peronismos. Estado y poder económico*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Sigal, S. & Verón, E. (2004). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- Spivak, G. (1987). *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*. Nueva York: Methuen.
- Svampa, M. (2003). "El populismo imposible y sus actores 1973-1976". En D. James (Dir.). *Nueva Historia Argentina, 1955-1976*, Vol. IX. Buenos Aires: Sudamericana.
- Tcach, C. (2006). "Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay". En H. Quiroga & C. Tcach (Comps.). *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario, Arg.: Homo Sapiens.
- Torre, J. C. (2005). "La operación política de la transversalidad. El Presidente Kirchner y el Partido Justicialista". En CEDIT (Comp.). *Argentina en perspectiva. Reflexiones sobre nuestro país en democracia*. Buenos Aires: Universidad Torcuato Di Tella.
- Tortti, M. C. (1999). "Protesta social y 'Nueva Izquierda' en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional". En A. Pucciarelli (Ed.). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- Vezzetti, H. (2002). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Vitale, M. A. (2007). "Memoria y acontecimiento. La prensa escrita argentina ante el golpe militar de 1976". En L. Granato & P. Vallejos (Eds.). *Los Estudios del Discursos: nuevos aportes desde la investigación en la Argentina*. Bahía Blanca: Reun.
- Zoppi Fontana, M. (1993). "Sonhando a Pátria: os fundamentos de repetidas fundações". En E. Orlandi (Org.). *Discurso fundador: a formação do país e a construção da identidade nacional*. Campinas: Pontes.